

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta reformis, qui tam strenue persequimur, et  
justitiam partes tuas suscipitis.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogavimus ut vos in proposito confirmet  
—Pro IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 33 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout.—No se devuelve ningún manuscrito.

## JUBILEO PONTIFICIO.

### OPRENDAS A Pío IX.

Suma anterior.	50.287
D. Juan Blat, Presbítero regente, Puit.	10
Un suscriptor de El Pensamiento Español,	30
partido de Alcañiz.	30
D. Lino Rodríguez, Presbítero de Toro.	30
D. Santiago Sevillano, Párroco de San	50
Pedro, de Toro.	
D. Juan Antonio Barian, su señora doña	200
Petra Gomez de Barian y familia, de	
Toro.	
D. Domingo Bragado, de Bustillo.	20
D. Pedro Legido, de id.	20
D. José Díez y Delgado, Párroco de Ro-	436
tueria, remite lo recogido entre sus	
feligreses.	
D. Segundo Martín y familia; doña Bri-	
gida Martín, hija del anterior; doña	
Jacoba Martín, hermana; doña Felipa	
Martín, sobrina; doña Segunda Mar-	
tin, tía; doña María Gimenez Alonso	16
y doña María Gimenez González.	
D. Guillermo de las Cuevas, Enterrías.	16
D. Antonio Alonso Espinosa, Cura pro-	
prio de Puera de Villafraña.	40
D. Antonio Martín, Salamanca.	100
D. Plácido Fuentes, de id.	100
Doña Ana Kenel de Ocampo, de id.	100
Una piadosa de id.	4
D. Lorenzo Iñiguez, Lorbes.	4
D. Bartolomé Istúriz, Presbítero, Pam-	100
plona.	
Doña María Colomo, Morella.	20
D. Antonio Granados, Ciudad-Rodrigo,	
su esposa, hija y nietos, católicos,	50
apostólicos, romanos.	
D. Pedro Sanchez Martín, Valverde de	
Mérida.	32
D. José Palomar, Párroco de Castejon	
de Valdejana.	10
D. Joaquín Tobar, de id.	2
D. Bartolomé Orquin, de id.	2
Doña Ana Jimenez, de id.	2
Doña Ana Cardona, de id.	2
Un suscriptor de El Pensamiento Español,	20
Segovia.	
D. Antonio Prieto, de id.	12
D. José Gomis, que lora el cautiverio	
de su amantísimo Pontífice Pío IX.	40
D. Vicente Pastor, Presbítero, que ora	
sin cesar por el prisionero del Vati-	40
cano.	
D. Cayetano Bernabeu, [Viva Pío IX]	4
D. José Jorro, seminarista entusiasta de	4
Pío IX.	
Doña Mercedes Bernabeu, católica, apos-	
tólica, romana.	2
D. Ramón Pedraza, carlista.	2
D. Clemente Serrano, Segorbe, recogido	
de varios católicos pobres de aquella	40
ciudad.	
D. Saustiano Albizu, Presbítero, y su	
familia, Azcona, Navarra.	20
D. Guillermo Peiró, Nuevalos.	20
D. Tomás Gomez, maestro de instruc-	
ción primaria de id.	40
D. Ignacio Zazo, Cura párroco de id.	110
D. Tomás Pardo de Andrade, Presbí-	
tero, suscriptor de El Pensamiento Es-	30
pañol, y su familia, partido del Ferrol.	
D. Vicente Pardo de Andrade, Santa	
Maria la Mayor del Real en id., por	30
si y su familia.	
D. Lucio Fernandez y su esposa doña	
Faustina Alonso, Riolobos.	14
Sus hijos D. Saturnino y D. Benedito	
Fernandez.	4
Su nieta doña Isabel Fernandez.	2
D. José Camberos, médico con sus hi-	
jos doña Manuela, doña María y doña	20
Clotilde de id.	
Doña María Portillo, sirvienta del an-	
terior.	1
D. Leandro Rodríguez, Presbítero de id.	10
Doña Feliciano Ramos de id.	10
Doña Tomasa Benavente, de id.	10
Un sacerdote amante hijo de Pío IX.	1
Varios feligreses de dicho pueblo de	27-50
Riolobos.	
Sor. Pilar Angulo, Ciudad Rodrigo.	8
D. A. B., Presbítero de id.	8
D. J. H., id., id.	6
D. M. R., entusiasta del Papa infalible,	
del Papa Rey, Santibáñez de la Peña	8
(segunda vez).	
D. Pedro Alcalde, de id.	4
Doña María Simón, de id.	4
Doña Felipa Rosales, de id.	4
Doña Fernanda Díez, de id.	4
D. Juan Cagigal, de id.	4
D. Mariano Díez, de id.	2
D. Antonio Escudero, entusiasta del	
Papa infalible, del Papa-Rey, econó-	20
mo de Villafraña.	
D. José Andreu y Villar, católico, apos-	
tólico, romano, San Felix de Guixols.	20
D. Francisco de Asís Ferrer, id. id.	6
Doña Rosa Ferrer y Arxer, id. id.	6
Doña Carmen Ferrer y Arxer, id. id.	2
D. José Riquelme, id. id.	2
Un entusiasta servidor de Pío IX.	4
Aoz, un católico al Sumo Pontífice	4
P. F., coadjutor.	6
Doña Dolores Sainz Pardo de Quintero,	
Medina del Campo.	10
D. José María Borrego, Conil.	10
Dos esposos que quieren más que a su	
vida a su Padre el Papa Pío IX.	20
Unas señoras que son ardientes cató-	
licas.	16
Gregoria Villalba, Corvintia.	8
El pueblo de Dolores, Liebana.	34-50
El Párroco y pueblo de Amezo, en id.	30
El Párroco y pueblo de Lurizeo, en id.	32
El Párroco y pueblo de Tama, en id.	16
El Párroco y feligreses todos del pueblo	
de Isar.	168
D. Bruno Casas, canónigo lectoral de la	
Santa Iglesia catedral de Huesca.	50
D. Bienvenido Martínez y familia, de	
id.	100
D. Mariano Camo, farmacéutico, de id.	30
D. Serafin Casas, catedrático del Insti-	
tuto, de id.	52

TOTAL. 52.468

## CÓRTESES.

### SENADO.

Extracto de la sesión celebrada el día 3 de Junio de 1871.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO SANTA CRUZ.

Abierta a las tres menos cuarto, se leyó y aprobó el acta de la anterior.

Después de concederse licencia a un senador para ausentarse de esta corte, se anunció por el presidente que ya se había completado el número de las que se podían conceder.

Se leyó una proposición del Sr. Montejó para que la comisión de presupuestos pueda ir preparando sus trabajos, pidiendo para ello al Congreso los antecedentes necesarios, y teniendo a la vista los suplementos al Diario de las Sesiones del Congreso en que se publicaron los presupuestos, la cual fue apoyada por su autor, y el Senado la tomó en consideración, y fue aprobada por unanimidad.

Se procedió al sorteo de los senadores por las provincias que faltaban.

El Sr. GIL VIREDA pidió que se formara una lista de senadores con sus condiciones de calidad.

El Sr. HIDALGO hizo la misma petición y anunció una pregunta al Gobierno.

El Sr. MONTEJO pidió que remitiese el ministro de Hacienda el expediente de los pinares de Balsaín.

Continuando la discusión del reglamento,

El Sr. MONTEJO hizo uso de la palabra en contra del voto particular del Sr. Colmeiro sobre el artículo 125 que trata de la reforma de la Constitución. El dictamen de la comisión exige la autorización de la mayoría de las secciones para que puedan leerse las proposiciones de reforma; el voto particular del señor Colmeiro propone que baste para ello la autorización de una sola de las secciones.

Consumiendo el segundo turno en pró del voto, dijo el

El Sr. NAVARRO VILLOSLADA: Señores: en este grave, solemne y altísimo debate que ha suscitado el voto particular de mi antiguo amigo el Sr. Colmeiro, parecerá una temeridad, y lo es real y verdaderamente, que yo, poco acostumbrado a este género de lides, haga uso de la palabra. No tengo el hábito de hablar en público, y los hábitos ciertamente no se adquieren con facilidad en edad algo avanzada, en la edad senatorial; nosotros somos ya un poco viejos, y lo soy algo más que muchos de mis ilustres compañeros, y ciertamente no conozco escuela de viejos más que en el teatro. Muéveme, sin embargo, a hacer uso de la palabra el cumplimiento de un deber, el cumplimiento del deber de protestar en mi nombre y en el de mis compañeros y correligionarios, contra las novedades y modificaciones que queréis introducir en el reglamento.

No vengo, señores, a levantar tempestades; mi voz no es poderosa para ello; mas aunque lo fuera, me contendría el respeto que debo a la Cámara, el respeto que debo al señor presidente, cuya deferencia para con nosotros soy el primero en reconocer.

Nosotros hemos dado, me parece, pruebas de moderación, de calma, de dignidad en los debates que aquí se han sostenido, a una altura que se ha reconocido en la Cámara y fuera de ella, y que a mis compañeros les honra real y verdaderamente.

Si yo tratara de levantar tempestades, aprovecharía una alusión que nos hizo ayer el señor ministro de Estado, y siento muchísimo que no se halle aquí el Sr. S.

Ayer el Sr. Martos, dirigiéndose a nosotros, dirigiéndose a mí personalmente, con el brazo extendido y el índice señalándole expresiva, inequívoca y francamente, dijo que nosotros queríamos discutir de mala fe la reforma de la Constitución. Yo diría al señor ministro de Estado, en primer lugar, que nosotros ni de buena ni de mala fe queremos discutir la reforma de la Constitución, porque creemos que es esta irreformable; nosotros no tratamos de enmendarla, porque la creemos incorregible; nosotros con toda legalidad, con todo respeto, con muchísimo respeto, como decía el *Alcalde de Zalamea*, queremos destruirla, queremos pulverizarla, queremos aniquilarla, queremos que no quede de ella ni un solo átomo; eso es lo que en punto a reformas queremos. Pero lo queremos de buena fe, nos presentamos con la visera levantada, con la cara descubierta, mirándonos frente a frente y desplegando al aire nuestra bandera, procediendo no solo con buena fe, sino con nobleza, con lealtad, con toda sinceridad y quizá, quizá al manifestar, con excesiva candidez. Queremos que desaparezca esta Constitución, queremos el reemplazo de esta Constitución por otras leyes, y lo queremos en nombre de la razón que la declara absurda, en nombre de la autoridad....

El señor PRESIDENTE: Señor senador; V. S. me ha hecho la justicia de reconocer que he sido todo lo tolerante que debía ser; pero mi tolerancia correspondía a la manera digna y mesurada con que los compañeros de V. S. han usado de la palabra; mas cuando un señor senador hablando de la Constitución de 1869, que es la vigente, la que todos tenemos el deber de obedecer y acatar, dice sin derecho a ello, porque no cree que nadie tenga derecho en este sitio para decir que la Constitución que a todos nos rige, es una Constitución absurda, en ese caso como S. S. conoce, la tolerancia tiene que ceder ante el deber del presidente.

El Sr. NAVARRO VILLOSLADA: Señor presidente, agradezco la advertencia que me hace V. S.; pero la opinión que acabo de emitir es mía y no comprometo absolutamente, en mi concepto, al decoro y dignidad de este cuerpo. Si parece fuerte la palabra, diré que esa opinión es la que mi razón concibe.

Dire más, nosotros queremos la sustitución de esta Constitución, apoyados en una autoridad que es infalible y que conoce el Senado, porque esa autoridad infalible ha condenado gran parte de los principios que se asientan en esa Constitución. Queremos también que desaparezca, fundados en la autoridad misma del Gobierno. El Gobierno ha infringido la mayor parte de los artículos de la Constitución, y cuando los ha infringido el Gobierno, que supongo tiene como tengo yo la más completa buena fe, desde luego da a entender que la cree inobservable, que la cree incompatible con los buenos principios de gobierno. Veán, pues, los señores senadores, y vea el señor ministro de Estado si yo tenía razón para quejarme de que S. S. nos argumentase diciendo que con mala fe o con buena fe, queríamos reformar la Constitución. Ya he dicho que no hay exactitud en eso, y que ni con buena ni con mala fe desamos reformar lo que queremos destruir.

En esta cuestión nosotros no tenemos ningún interés personal, ningún interés inmediato, ningún interés de actualidad, de día. Somos muy pocos, *rari nantes in gurgite vasto*, pobres naufragos escapados como por milagro del huracán de la *influencia moral*; somos unos cuantos senadores que venimos a perdernos en el Océano inmenso de la mayoría. De consiguiente, no ya en cuatro secciones, ni

en dos, ni siquiera en una sola podemos aspirar a tener mayoría.

Pero, señores, hay otra cosa más alta que nuestro propio interés. Tenemos que atender a consideraciones de un orden superior; tenemos el interés del Senado, porque a él pertenecemos con honra nuestra; tenemos el interés de vuestra consecuencia política, y tenemos sobre todo, y muy principal y encarecidamente, el interés de la justicia.

«El interés del Senado.» Señores, entre vosotros hay muchos que han tenido la honra de pertenecer al antiguo Senado; al Senado vitalicio; al Senado de la Constitución de 1845. Todos vosotros conocéis perfectamente la estructura de aquel alto Cuerpo, su economía, su organismo; sabéis lo que representaba, sabéis los vicios de que adolecía. Aquel Senado, señores, era vitalicio, era inamovible, era un edificio que se quiso hacer indestructible, pero fundado sobre la movilidad arena del régimen parlamentario; era mucho Senado para tan poco gobierno.

Para obviar este inconveniente enorme, para evitar este constante peligro y corregir este defecto irremediable, se inventaron las *hornadas de senadores*; y de cambio en cambio, de gobierno en gobierno y de variación en variación, y de exigencia en exigencia, ministerial o de situación política, fué agrandando, y se podía calcular matemáticamente el tiempo en el cual este edificio material que nos cobija no bastaría para contener el número de senadores que necesitaban ciertos gobiernos para tener mayoría. La revolución que llamáis legal, la revolución pacífica se estrelló en sus veleidades constitucionales contra esa inamovilidad, y la revolución destruyó con las armas el Senado, como lo destruyó todo.

La revolución triunfante, huyendo de ese peligro ha sustituido al Senado vitalicio, al Senado inamovible, al Senado perpetuo, por decirlo así, fundado en la tradición, o que quería fundarse en las aristocracias y perpetuarse indefinidamente como la corona de cuya voluntad recibía la vida, le sustituyó, repito, con un Senado electivo, con un Senado reflejo de la opinión pública, con un Senado receptáculo de esas corrientes, que tienen en efecto gran fuerza en el mundo, en la atmósfera política, y que según vuestra doctrina, no la nuestra, son las soberanas. La opinión, decís vosotros, es la reina del mundo; pues bien habéis creado ese Senado que debe ser el trono de esa reina, el receptáculo de esas corrientes electivas; un Senado que acepta todo lo que hay en la atmósfera, que recoge todas las opiniones influyentes y de esperanza para el futuro.

¿Y qué habéis hecho? Esto que es vuestra doctrina constitucional, lo habéis destruido con el código de procedimientos. Y no es esta la primera vez que los códigos de procedimientos destruyen la ley fundamental. Vosotros con el reglamento, código de procedimiento constitucional para el Senado, destruis la ley fundamental, fundamental no de otra cosa que de vuestros errores; la destruis haciendo del Senado electivo, del Senado reflejo de la opinión pública, un Senado que petrifica, que fosiliza el error; vincula aquí vuestra mayoría perpetuamente y esto no puede ser: el Senado vitalicio fué destruido por la revolución, fué destruido por la fuerza; no se necesita ser gran profeta para adivinar que vuestro Senado, el Senado a que tengo la honra de pertenecer, perecerá del mismo modo que pereció el Senado inamovible, el Senado vitalicio.

Perecerá, sí, porque no le habéis dado modo de reformarse; porque no hacéis que con sus propios medios y sin salirse de su propia naturaleza pueda ser reflejo de otra política menos desastrosa que la vuestra; porque le hacéis contradictorio con el principio constitucional que le da el ser. He aquí cómo nosotros, apoyando el voto particular del Sr. Colmeiro y oponiéndonos de consiguiente al art. 125 del proyecto de reglamento, defendemos la libertad política, que es hoy nuestro único broquel; defendemos la estabilidad del Senado, que es la arena en que venimos a luchar legalmente; defendemos por lo tanto su decoro y dignidad, y ponemos en armonía el código de procedimientos con el código fundamental.

En segundo lugar, nos oponemos a la reforma que intentáis hacer, o al artículo que queréis establecer en el reglamento, contra la Constitución, en nombre de vuestra consecuencia política. Extrañáreis quizá que nos tomemos tanto interés por vuestra consecuencia y lo tenemos con sinceridad, con toda verdad. Nosotros al discutir procuraremos discutir con lógica; nosotros presentamos paladinamente nuestros principios y deducimos de ellos rectamente las consecuencias, y no nos asustan, no nos arredran las consecuencias, somos de aquellos que se complacen en llevarlas al último extremo; vosotros por el contrario sentais las premisas y negais las consecuencias, os deteneis en la mitad del camino de la lógica y no os conviene a nosotros discutir con gente lógica, con gente que no guarda las reglas de la dialéctica. Nosotros a los Alcides no les tenemos miedo; quienes realmente nos asustan para el combate, como les sucedía a los héroes de la fábula, son los Proteos, estos que un día se manifiestan en la Constitución radicales y otro día se ostentan en el reglamento conservadores. O lo uno o lo otro; conservadores o radicales, a nosotros lo mismo nos da, tan enemigos somos de los radicales como de los conservadores de la revolución, absolutamente lo mismo. Queremos que seais lógicos; queremos que seais una cosa u otra; queremos que habiendo tomado la forma de leones en las Cortes Constituyentes, no os presentéis ahora cuando os vamos a agarrar con la forma de anguillas que se deslizan de nuestras manos; queremos, pues, que seais consecuentes, y en ello tenemos el interés que os acabo de confesar. Interés de equidad en las condiciones del combate.

Como ayer indicaba mi amigo el Sr. Colmeiro, y como ha insinuado también el Sr. Montejó y Robledo en la sesión de este día, hay dos escuelas en punto a reformas constitucionales: la escuela inglesa y la escuela que podemos llamar francesa, aunque realmente también es nuestra.

En Inglaterra, señores, se dice que el Parlamento ordinario, pues allí no se conoce otro, lo puede todo menos hacer de un hombre una mujer, es decir, que puede todo menos lo imposible. Puede reformarse allí la Constitución, y por eso y por el respeto que allí se guarda a la tradición, quizá por eso, no me atrevo a afirmarlo absolutamente, porque hay otras causas, y entre ellas la de estar basada la ley en las costumbres; por eso o por todo eso, la Constitución en Inglaterra, ni se reforma, ni se varía, ni se destruye. La escuela francesa, por lo contrario, dice que para reformar la Constitución es preciso llamar Cortes especiales convocadas *ad hoc*, para este objeto. Y señores, ¿qué os he de decir acerca de esto? ¿Qué resultados producen estas precauciones tomadas contra la versatilidad constitucional? Las Constituciones en Francia viven *ex quí vivunt res, l'espèce d'un matin*, y en España, por no aplicar vuestros franceses a una cosa española, diré que las Constituciones son como el *heno*, a la

mañana verde, seco a la tarde. Aún podía añadir *¡oh ciego desvarío!* siguiendo al poeta, pero me parece que basta de poesía para el Senado.

Hay, pues, estas dos escuelas; vosotros en la Constitución os inclináis al parecer a la escuela inglesa, al paso que en el reglamento os decidís por la francesa, de modo que habéis hecho de ambos sistemas una confusa mezcla, de ambas escuelas una esfinge, cuyos enigmas ni la inflexibilidad de los números a que se refiera hace pocos momentos el Sr. Montejó y Robledo, puede descifrar; os habéis metido en un laberinto, para salir del cual no os bastan todos los hilos de la sabiduría progresista.

Nosotros venimos a protestar contra esta reforma principalmente en nombre de un derecho más alto, que es el de la justicia. Vosotros decís ayer que de la discusión brota la luz. El señor ministro de Estado, a quien me alegro mucho ver ya en su puesto, confirmaba este aserto diciéndonos ayer que la verdad gana siempre al ser combatida, que solo el error puede temer la discusión. Consecuentes con este principio, vosotros lo discutís todo, discutís la moral, discutís la disciplina eclesiástica, discutís las leyes fundamentales de la Iglesia, discutís el alma espiritual, discutís a Dios. (Ruidores.) No cabe duda; se ha discutido a Dios, no os ríais, no me interrumpáis con vuestros murmullos, porque desgraciadamente eso es una verdad que ha lastimado en lo más íntimo, en lo más vivo al corazón español. Se ha discutido a Dios, pero inconsecuentes con vuestros mismos principios, vosotros que discutís a Dios, que discutís el alma racional, el alma espiritual, que discutís la moral y las leyes fundamentales de la Iglesia, no queréis que se discuta vuestra obra, vuestra obra humana, no queréis que se discuta el hombre. ¿Queréis saber los resultados que trae esta aberración, esta inconsecuencia? Pues los voy a exponer brevemente.

Volvamos un poco la vista atrás; contemplemos lo que hace un año era París. En París hace un año se celebraban conferencias públicas, había clubs en todas las calles; en esas conferencias públicas, en esos clubs de París, había adoptado el Gobierno dos medidas de precaución: los gendarmes a la puerta y la policía dentro; allí se negaba la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y los gendarmes se encogían de hombros y la policía rogaba; allí se negaba el alma espiritual, se llegó a presentar la tesis de si una locomotora tenía o no alma; eso se discutía, eso se ha sostenido no solo en los clubs, sino en la universidad, que no era posible afirmar que una locomotora no tuviese alma, como la tiene el hombre; o lo que es igual, que el alma posible de la locomotora y el alma racional son por el estilo, idénticas, un efecto del organismo perfeccionado. La policía contestaba para sus adentros: *quid ad nos?* ¿o si no lo decía en latín dormía en francés. Se negaba la propiedad, se negaba la familia, se negaban otras verdades fundamentales, otros principios, aquellos sin los cuales no es posible la existencia de la sociedad, y la policía no hacía caso. Pero como de la negación suprema, de la negación de Dios, nacen todas las negaciones, como negado una vez lo que es la verdad misma, la verdad por esencia, no hay verdad en el mundo, de negación en negación se llegaba a negar al César, se llegaba a insinuar algo contra el Gobierno, y entonces la policía abría los ojos, se movía solícita y echaba mano a los perturbadores del orden público. Nada le importaba a aquel Gobierno que se negase la religión, pero le importaba todo si se negaba al emperador, si se negaba al Gobierno. ¿Y qué ha resultado de esta tremenda, de esta horrible contradicción, de esta indiferencia hacia lo eterno, en contraste con el celo por lo temporal?

Resultó en primer lugar la falta de creencias y el odio al Gobierno, y de ambas causas la derrota de Sedan; resultó la ignominia y la paz vergonzosa que Francia ha tenido que suscribir; y ha resultado, por último, esa cosa que os espanta y que realmente nos horroriza a todos; la *Commune*. ¿Y por qué Sedan, y la paz y la *Commune* han venido de eso? ¿Por qué todas esas vergüenzas y todos esos horrores proceden de esa contradicción? Porque, señores, se atiende mucho a lo que es pasajero, se atiende mucho a las obras de los hombres, se atiende mucho a lo que importa algo, más no todo, para el orden social, y se desprecia, se mira con indiferencia, se mira con desdén lo que a todos importa, lo que es el fundamento de toda sociedad, de todo Gobierno, aquello sin lo cual no podemos subsistir ni ser gobierno, ni vosotros, ni nosotros, ni nadie.

Vosotros en el Reglamento no habéis puesto un solo artículo que garantice la inviolabilidad de la Iglesia, la inviolabilidad de la Religión que profesa la nación española, y vosotros os rodeáis de esos gendarmes que estaban a la puerta de los clubs y de las conferencias públicas de París, metéis dentro esa policía con el reglamento por defender al hombre; para defender lo discutible, y vuestro reglamento no tiene una palabra de defensa para Dios.

Nosotros, señores, en el lenguaje político de estos días, que varía con tanta frecuencia, hemos aceptado dos frases, dos palabras: lo discutible, lo indiscutible, palabras de pura convención, de monstruosos contrastes, de las cuales resulta que lo discutible es todo, precisamente todo aquello que no se puede discutir, es indiscutible aquello sobre lo cual nos creíamos constitucionalmente autorizados a sostener discusión.

Esta confusión de lenguaje ha precedido a esas grandes catástrofes.

Ha venido, pues, de estas aberraciones, de estas contradicciones, de estas confusiones de principios, la *Commune*; ha venido el socialismo, ha venido el desbordamiento del mal. ¿Y qué, señores, procediendo de la misma manera, siguiendo el mismo camino, queréis que no venga aquí lo que ha llegado a otra parte? Aquí vendrá, aquí llegará lo que a vosotros y a nosotros nos espanta, y vendrá atraído por vosotros; vendrá porque vosotros lo allanáis el camino y le abris el paso; vendrá por vuestras contradicciones; vendrá por esta omisión en la defensa de la verdad dogmática, vendrá por este artículo del reglamento que queréis establecer, para impedir la reforma de lo que nosotros juzgamos erróneo y la Constitución no lo reputa dogmático.

Señores: nosotros profesamos principios muy distintos; nosotros nos declaramos incompetentes para resolver en materias de religión; nos declaramos incompetentes para decidir acerca de la moral y acerca de lo que atañe a la Iglesia; nosotros llamamos indiscutible aquello que la Iglesia nos enseña como verdad; aquello que la Iglesia nos predica como dogma, aquello que la Iglesia reconoce como doctrina inconcusa; y dentro de vuestros principios, dentro de vuestras ideas, aceptando la Constitución que habéis tenido a bien darnos, creemos que puede discutirse todo, menos aquello que no es de nuestra competencia. Pues bien; mientras vosotros no aceptáis este principio; mientras vosotros no os reconocáis incompetentes para discutir lo que Dios ha reservado a su Iglesia, no tenéis derecho ninguno a señalar límites, a fijar barreras a la discusión. Desde el momento en que no respetáis lo que real y

verdaderamente es indiscutible, todo debe discutirse; nada humano puede ser inviolable cuando se prescinde de la inviolabilidad de lo divino. Si vosotros aceptáis este principio, que es el principio católico, que es el principio salvador de la sociedad, entonces discutiremos el más o el menos de vuestras obras constitucionales, de las garantías reglamentarias que tratáis de presentar en su defensa; hasta entonces, no.

El señor ministro de Estado: El Sr. Navarro Villoslada ha dicho que ni él ni sus amigos quieren reformar la Constitución, porque la consideran irreformable e incorregible; añadiendo después, con muchísimo respeto, que quería destruirla y aniquilarla para que no quedase de ella ni un átomo siquiera.

En hora buena, la voluntad es libre, y reconozco la libre voluntad de S. S.; pero me atrevo a preguntarle cuál es el procedimiento de que piensan valerse S. S. y sus amigos para lograr su objeto.

Hablar del procedimiento de la razón es excusado, cuando estos señores tienen declarado que es un absurdo la razón humana. ¿Pensáis acudir a la fuerza? Entonces ¿a qué estais sentados en esos bancos? Ya estamos acerbidos para el caso.

Pierden el tiempo los que discuten a Dios, pues Dios vive sin necesidad de demostraciones humanas; así que no ha perdido nada porque algunos hayan malgastado su tiempo examinándole o negándole. Si como dice S. S. las catástrofes que han sobrevenido a la Francia son hijas legítimas de esas teorías de los filósofos franceses, no se comprende cómo eso ha tenido lugar, puesto que han sido tomadas de Alemania, donde han tenido su origen, y precisamente los alemanes son los que han vencido. ¿Cómo, pues, lo que en Francia ha tenido lugar sea de haber a sus doctrinas? Yo podría referir, a propósito de esto, un cuento si el Senado lo permitiese. (Varios señores Senadores: Si, sí.) Pues bien: lo referiré.

Arrodillóse un día un penitente ante el tribunal de la penitencia; tenía el vicio del juego; había jugado en Viernes Santo y perdido; contó al confesor su culpa; y este, que era por lo visto de la misma escuela que el Sr. Villoslada, le dijo: ¿Qué había de sucederte, cuitado, si jugaste en día de Viernes Santo? ¿Qué cosa tanto atribulado el penitente, pero de improviso le replicó: Dígame Vd., padre, ¿el que me ganó estaba en pascua? Esto es lo que hay que decir a S. S. respecto a la peregrina explicación del desastre de Sedan?

Respecto a la cuestión reglamentaria, se equivoca grandemente S. S. si piensa que nosotros queremos poner fuera del alcance del poder de las Cortes los artículos de la Constitución.

El Sr. NAVARRO VILLOSLADA: Me levanto a dar gracias al señor ministro de Estado por las benévolas explicaciones que me ha dado acerca de la alusión que creí equivocadamente dirigida a mí por su señoría. Cumplido este deber de cortesía, nada tengo que añadir.

Me ha preguntado S. S. qué clase de procedimientos íbamos a emplear nosotros para sustituir a esta Constitución con otra ley, si los legales o los revolucionarios. Yo tengo que decir terminantemente a S. S. que por nuestra parte no podemos emplear más que los medios legales. Yo lo había dicho ya terminantemente, y siento mucho no haber sido entendido por el señor ministro de Estado, o tal vez que no me oyera S. S.

He dicho que legalmente queríamos reformar, sustituir, o mejor dicho, destruir esta Constitución, pues ha llegado el momento de expresarnos con toda claridad. Nosotros no apelamos a la fuerza, no es esta nuestra incumbencia; no es esta la misión de los que vienen a este sitio para apelar a la fuerza tendríamos que recurrir al ejemplo de S. S., que no pudiendo vencer por la discusión, han recurrido a ese otro medio.

Ha dicho también S. S. que Dios no ha perdido nada con la *Commune* de París. Es claro, después de la licencia, del desenfreno y de los horrores de París, después de las presencias tomadas para que no se discutiese el gobierno en las conferencias públicas y los clubs, Dios ha continuado en el cielo; quien está en el destierro, quien ha estado en Alemania y ahora está en Inglaterra; y quiera Dios que sea para nunca volver al trono de Francia, es el emperador, no lo indiscutible.—Vea S. S. cómo el no discutir, cómo el poner veto a la discusión de ciertas cosas y de ciertas personas, no las garantiza, no las preserva, no es suficiente coraza para que no caigan heridas de muerte.

El señor ministro de Estado ha pedido licencia al Senado, que benévolamente se le ha concedido, para contarnos un cuento. El cuento no sé ciertamente a qué ha venido al caso, yo no lo he podido comprender, quizá por mi falta de inteligencia; pero he visto con pesar que con su cuento ha hecho salir de aquí a un venerable Prelado, al único que en el día de hoy se hallaba en la Cámara. No quiero contar. (El señor Obispo de Osmá pide la palabra) otro cuento a S. S. por no esponderme a qué del mismo modo se vaya del banco azul otro señor ministro que pasa por menos radical que S. S. No tengo, pues, más que decir.

Rectifico brevemente el señor ministro de Estado. El señor ministro de Ultramar dijo algunas palabras.

El señor OBISPO DE OSMÁ: Me alegro que el señor ministro de Estado me haya proporcionado la ocasión de rectificar tres errores en que S. S. ha incurrido. Yo estoy acostumbrado a otro pálpito más serio y grave, y no creía que en este sitio pudieran contarse chascarrillos. Por lo demás, para decir las verdades no es necesario ser grande ni chico orador, y yo voy a decir tres, rectificando otros tantos errores del señor ministro de Estado.

Dice S. S. que nosotros somos enemigos de la razón humana. (El señor ministro de Estado: Los carlistas.) ¿Los carlistas? Pues también creo que está su señoría equivocado.

Que a Dios no se le puede demostrar. Otro error del señor ministro, que manifiesta su falta de conocimiento, no ya en teología, sino en filosofía y hasta en jurisprudencia. A Dios, señores, se le demuestra; la existencia de Dios se prueba con razones físicas, metafísicas y morales.

El señor PRESIDENTE: Siento muchísimo interrumpir a un príncipe de la Iglesia; pero como al fin V. S., señor Obispo de Osmá, aquí no es mas que un senador, debo recordarle que no tiene la palabra más que para rectificar.

El señor OBISPO DE OSMÁ: Señor presidente, hace muy pocos días que asisto a la Cámara, y no debo el señor presidente extrañar que este poco enterado del reglamento. Por eso necesito de la indulgencia de S. S.

El señor PRESIDENTE: Yo quisiera tener con V. S.



toda la que fuera menester para que pudiera tratar en este momento cuantas materias le parecieran convenientes con la extensión que juzgara oportuna; pero el reglamento no lo permite.

El señor OBISPO DE OSMÁ: Está bien, y con la venia de V. S. voy a concluir.

El tercer error del señor ministro de Estado fue decir que las desgracias de la Francia no han sido originadas por los errores allí difundidos; pues los alemanes vencieron a los franceses y no tuvieron lugar en París sucesos como los que todos deploramos. ¿Y qué tiene que ver el vencimiento de los franceses por los alemanes con los errores de que se trata? De Alemania pudieron salir filósofos que los difundieran en Francia; pero esos errores han hecho acaso allí más daño que en Alemania.

No quiero abusar más de la paciencia del Senado y la benevolencia del señor presidente.

El señor ministro de Estado rectificó.

El señor OBISPO DE OSMÁ: Yo no he afirmado que S. S. fuera lego en filosofía, jurisprudencia ni teología, sino que en todo esto sostenía errores. Ha hablado S. S. de lord Palmerston. ¿Se acuerda S. S. cuando yo le hablé de lo que decía ese ministro inglés sobre la unidad religiosa de España, a saber: que de buena gana se dejaría cortar un brazo por tener en su país ese beneficio? Yo hubiera querido que imitara S. S. a lord Palmerston en tener esa opinión acerca de la unidad católica, y no en su conducta en el Parlamento al referir chascarrillos; pues los que como yo son españoles por los cuatro costados no tienen por qué ajustarse a las prácticas inglesas del Parlamento.

El Sr. NAVARRO VILLOSLADA: En las pocas palabras que he tenido el gusto de oír al señor ministro de Ultramar, mi antiguo amigo el Sr. Ayala, he creído ver ciertos resentimientos, lo cual me ha hecho dudar si involuntariamente yo habría inferido alguna ofensa a S. S. al hablar del cuento con que pensaba replicar al señor ministro de Estado. Para satisfacer una antigua amistad, y sobre todo para satisfacer mi propia conciencia, debo decir que en el cuento que yo tenía en la imaginación, nada había que pudiera ofender a mi amigo el Sr. Ayala.

Fue desechado el voto particular del Sr. Colmeiro, y aprobado con una ligera modificación el artículo 125.

El Sr. HOVE preguntó si el Gobierno tenía conocimiento de la conducta del cónsul de Marsella permitiendo a las autoridades extranjeras la revisión de los buques españoles.

El señor ministro de ESTADO negó el hecho, y dijo que averiguaria lo que hubiera sobre el particular.

El Sr. MONRIUS preguntó si tenía noticia el señor ministro de la Gobernación de cómo estaba constituida la diputación de Lérida.

El señor ministro de ESTADO contestó que se lo participaría al de la Gobernación.

Continuó la discusión del reglamento, fueron aprobados los artículos 20 y 21, que estaban en suspenso.

Fueron aprobados el art. 126, con una enmienda del Sr. Eraso, los 127, 128 y 129 sin discusión, y el 130 después de algunas ligeras observaciones hechas por el Sr. Labrador.

La comisión retiró el art. 132 para redactarlo de nuevo, y se aprobaron desde el 133 al 137.

El Sr. Herrero presentó una enmienda al artículo 138 respecto al modo de discutir los presupuestos.

La comisión retiró el art. 138 para redactarlo en vista de la enmienda.

Se aprobó el art. 139, con algunas observaciones del Sr. Figuerola, y sin discusión el 140 y 141; el 142 lo retiró la comisión, y se levantó la sesión.

Era los seis.

## CONGRESO.

Presidencia del Sr. OLIVERA.

Abierta a las dos, fué aprobada el acta de la anterior.

Se aprobó el dictamen de la comisión relativo al Sr. González Alegre, declarándole diputado y que no le haya lugar a procesarle.

El Sr. JOVE Y HEVIA rogó a la comisión de incompatibilidades, que diese dictamen para evitar que algunos diputados tomaran parte en las votaciones.

Pasó a discusión el proyecto fijando las fuerzas del ejército y un voto particular del Sr. Garrido.

El Sr. TUTAU dijo que el Sr. Garrido, autor del voto, no se hallaba presente.

El señor presidente dirigió la discusión para cuando se hallase presente.

El señor conde de TORENO hizo una pregunta relativa a las obras públicas de la provincia de Asturias que fué contestada por el señor ministro de Fomento interior.

El Sr. MUÑOZ se quejó de que el gobernador de Valladolid hubiese dispuesto que las cédulas de vecindad sirvieran para surtir efectos políticos, contrariando así el espíritu y la letra del decreto sobre cédulas, y preguntó al Gobierno si estaba dispuesto a poner un correctivo.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN dijo que efectivamente las cédulas no tenían el carácter de que se hablaba; pero que nada tenía de particular que se exigiera en un colegio electoral como medio de justificar la persona de un elector.

El Sr. MUÑOZ anunció una interposición sobre este asunto.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN dijo que no había lugar a la interposición, porque la cuestión era clara: siempre que se creyese oportuno exigir la cédula a un elector para identificar su persona, podía hacerse, y estaba obligado el elector a presentarla.

El Sr. MUÑOZ insistió en hacer una interposición, y la mesa quedó en señalarle el turno correspondiente.

El Sr. CHERMA terminó su interposición sobre lo ocurrido entre la autoridad civil y la diputación de Castellón.

El Sr. TRELLES: He pedido la palabra para consumir el segundo turno al ver que el señor ministro de la Gobernación divide esta interposición en tres partes, y se ocupaba en una de ellas de las sublevaciones carlistas del 69. Yo sobre esto tengo que decir: primero, que aquello no fue un movimiento general del partido, sino solo un arranque de impaciencia de algunos afiliados al partido carlista que salieron al campo sin que hubieran tenido ningún encuentro serio, sin que se hubieran batido verdaderamente con las tropas; y segundo, que el ejército no tuvo ocasión entonces de mostrar su valor por lo mismo que no se batió, y esto no es ofender en manera alguna al ejército.

Además, debo consignar para conocimiento de todos que entonces se dio una orden draconiana por una persona que ya no existe, y a quien yo no he de aludir en estos momentos, en cuya orden se calificaba a los carlistas de malhechores y se les mandaba fusilar en el acto sin formación de causa. Resaltó también ilegalmente la ley de 47 de Abril de 1821; y sin atender a esta ley, y sin que se formara Consejo de guerra, fueron fusiladas muchas personas. Aparte de que el presidente del Consejo de ministros no tenía facultades para plantear esta ley, en ella no se autoriza para fusilar sin formalidad ninguna.

Para este objeto sólo he pedido la palabra; y debo advertir que no hago responsable de lo ocurrido al ejército, sino a quien dictó aquella orden calificando de malhechores a los que, cuando más, eran reos políticos.

El Sr. PASCUAL Y CASAS explicó su interposición sobre la existencia del llamado batallón franco de Cataluña, condenando la existencia de esta fuerza, que en su concepto, sólo servía para sostener las coacciones de las autoridades de aquel territorio.

El señor presidente del CONSEJO dijo que las autoridades militares de Cataluña cumplían con sus deberes de la misma manera que lo hacía un batallón franco, el cual presentaba un señalado servicio para perseguir a los delincuentes, conservar el orden y velar por la libertad de la patria.

El Sr. PASCUAL Y CASAS rectificó y continuó criticando la conducta del capitán general de Cataluña, recordando los fustigamientos de Montelegre y el bombardeo de Gracia.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS insistió en la defensa que había hecho de los actos del capitán general de Cataluña.

El Sr. PASCUAL Y CASAS rectificó y aludió al Sr. Sagasta al ocuparse de las autoridades civiles de Barcelona.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Las autoridades de Barcelona son la pesadilla de los diputados republicanos por aquella provincia; y es extraño que si son tantos los atropellos que han cometido, nunca se haya venido a quejar un monárquico.

Pero hay más: el jefe de ese batallón era mi amigo el Sr. Pascual y Casas, mientras S. S. era monárquico como el Sr. Targarona; ahora ya no; ahora el Sr. Targarona no es patriota, es un depota, es un instrumento de arbitrariedades del poder.

Esto consiste, señores, en que los republicanos quieren tener autoridades republicanas, fuerza pública republicana y todo republicano, como si fuera posible que nosotros nombremos para ejercer la autoridad personas que no tengan nuestras opiniones.

Pero el objeto especial del odio de los republicanos es el ejército, es la fuerza pública: a S. S. les pasa con la fuerza pública lo que a los criminales con la Guardia civil. A mí me sucede todo lo contrario; yo nunca estoy más tranquilo que cuando tengo a mi lado la fuerza pública. (Un señor diputado: Ahora.) Ahora y siempre: cuando yo tenía que temer algo del poder, me creía seguro cuando tenía a mi lado la fuerza pública: la fuerza oculta era la que yo temía.

Pero vuelvo a los republicanos de Barcelona. No todos los republicanos de Barcelona son malos; pero todos los malos de Barcelona son malos republicanos federales: las gentes buenas, que viven de su trabajo y desean la paz, desean medidas de precaución; pero estas medidas de precaución son las que están al lado de los republicanos federales.

Llegó un momento en Barcelona, cuando se preparaban las huelgas, en que a cada paso tenía lugar un motín; los obreros disputaban a las puertas de las fábricas; en algunas pasaron a vías de hecho, y en alguna se llegó a arrastrar a un patron: la autoridad creyó que debía distribuir la fuerza pública en ciertos puntos a propósito para acudir a donde fuera necesario, y esto ha alarmado a los republicanos federales, y más aún a la diputación provincial. (Valiente modo de representar los intereses de la provincia tiene la diputación provincial! En lugar de ayudar a las autoridades a dar la paz a aquella provincia hermosa y próspera y grande cuando puede entregarse confiadamente al trabajo, quiere privarles de los medios de asegurar el orden.)

Pero vienen las elecciones; van a votar algunos individuos de ese cuerpo franco que con tanta prevención miran los republicanos federales, y estos los insultan llamándoles patules, realistas, cipayes; y como los voluntarios no tienen la sangre de horchata, llega un momento en que se cansan y la emprenden a mojicones con aquellos deslenguados: ¿qué tiene esto de particular? El que toma la tarea de insultar, se expone, porque el oficio tiene sus quiebres.

A las autoridades de Barcelona deben importarle poco los insultos y las calumnias de los republicanos; antes bien deben tenerlas como el mejor de los elogios, porque no hay nada que sea tan laudatorio para una autoridad como el desagrado y las censuras de ciertas gentes; pero que necesitan estar vigilantes, lo prueba lo que allí se escribe y lo que allí se hace, que es de tal naturaleza, que yo les aconsejo que lo impidan por todos los medios que estén a su alcance. (Un señor diputado: ¡Y viva la libertad!) La libertad no es la licencia, sino el respeto a la ley y a todo lo que es respetable. O, señores, diputados, lo que allí se dice y lo que allí se pretende.

Dice así un periódico que se llama *La Federación*. (Leyó un artículo del periódico *La Federación*, que ya conocen nuestros lectores.)

Como las autoridades no quieren que se ahogue a la sociedad presente, de ahí que quieran ahogar a los que locos pretenden tal insensatez, tomando sus precauciones, ya que las leyes no permiten tomar medidas preventivas, y reprimiendo severamente en caso necesario todo atentado contra las leyes de la sociedad.

Sólo así se puede suplir la falta de medidas preventivas. (Una voz: Eso decía González Brabo.) Si yo hiciera lo que González Brabo, le estaría allí sentado, ni haría lo que hacen en Barcelona ni en otras partes. No: no pretendo gobernar con medidas preventivas, pero por lo mismo necesito hacer que la ley caiga inflexible sobre el delincuente.

Nada mejor que el orden para que fructifiquen los derechos individuales: dejad que las autoridades tomen sus medidas de precaución, porque si no la libertad y los derechos individuales son para los holgazanes, para los perturbadores, no para los hombres de bien que quieren vivir en paz del producto de su trabajo.

Yo doy, pues, mis plácemes a las autoridades de Barcelona por la conducta que han seguido hasta hoy, y las aconsejo que perseveren en esa línea de conducta, como la mejor para el reposo de Cataluña, para el bien de la sociedad y en beneficio de la verdadera libertad.

El Sr. Pascual y Casas contestó a algunas alusiones del Sr. Sagasta.

El señor ministro de la Gobernación rectificó.

El Sr. Pellón procuró justificar la conducta de los demócratas, censurada por el Sr. Pascual y Casas. Después de rectificar ambos señores, el señor ministro de Hacienda dió lectura a unos proyectos de ley que pasaron a la comisión de cuentas.

Se dió lectura de la relación de los excoñstituyentes que han obtenido gracias por el ministerio de Estado, y se levantó la sesión para reunirse las secciones.

Eran las seis y media.

## PARTE OFICIAL

(Gaceta de ayer).

MINISTERIO DE ULTRAMAR.

DECRETO.

Con arreglo a lo dispuesto en la primera de las disposiciones transitorias del decreto de 25 de Octubre último y a propuesta del ministro de Ultramar, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º El distrito judicial de la Audiencia de la Habana, comprenderá los partidos judiciales de la Habana, Guanabacoa, Jaruco, Bujama, Guines, Matanzas, Alcañices, Cárdenas, Colón, Sagua la Grande, Cienfuegos, Santa Clara, Remedios, Sancti Spiritus, Trinidad, San Antonio de los Baños, Guanajay, San Cristóbal y Pinar del Río.

Art. 2.º El distrito judicial de la Audiencia de Santiago de Cuba, se formará con los partidos judiciales de Santiago de Cuba, Baracoa, Holguín, Bayamo, Manzanillo y Puerto-Príncipe.

Art. 3.º La Audiencia de la Habana continuará conociendo de los pleitos y causas pendientes ante ella y que procedan de los juzgados comprendidos en el territorio de la de Santiago de Cuba hasta que recaiga fallo. Verificado esto, remitirá los autos por conducto de su presidente al de la de Santiago de Cuba a los efectos correspondientes en derecho.

En los incidentes de ejecución de sentencia se observará la misma regla.

Art. 4.º Los expedientes de Tribunal pleno y de sala de gobierno, correspondientes al distrito judicial de la Audiencia de Santiago de Cuba, se

remitirán a su presidente en el estado en que se hallen, haciendo lo mismo con los terminados.

Art. 5.º El presidente de la Audiencia de Santiago de Cuba nombrará todos los funcionarios auxiliares y subalternos del Tribunal, prestando, si lo solicitan, a los expedientes de la suprimida Audiencia de Puerto-Príncipe.

Estos nombramientos se harán de acuerdo con el Tribunal pleno, previa audiencia fiscal, dando cuenta al Gobierno para su aprobación; entendiéndose aun después de esta como interinos hasta que se verifique el arreglo general de los subalternos y dependientes de los tribunales y juzgados de Ultramar.

Dado en Palacio a veintisiete de Mayo de mil ochocientos setenta y uno.—Amadeo.—El ministro de Ultramar, Adelardo López de Ayala.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 5 DE JUNIO DE 1871.

### EL DISCURSO DEL SR. VILLOSLADA.

Nuestro amigo y compañero Sr. Villoslada pronunció en el Senado un discurso que hallarán nuestros lectores en otro lugar.

No nos corresponde calificarlo: ahí está; juzguenlo nuestros suscritores. Pero acerca de él escribiremos *La Epoca* un artículo que no puede quedar sin contestación, porque no ataca tan solamente al senador carlista y por consiguiente católico señor Navarro Villoslada, sino a todos los carlistas, a todos los católicos que se glorian de serlo sin el odio aditamento de liberales.

Principiaremos transcribiendo los párrafos principales del artículo a los que nos proponemos contestar. Así verá *La Epoca*, así verán nuestros adversarios todos, que observamos la más completa lealtad en la polémica, y que si es cierto que hacemos profesión de católicos, procuramos que el espíritu del catolicismo se refleje en nuestros actos.

Dice así *La Epoca*:

«Es una cosa que pasma la audacia doctrinal y política de los carlistas en el período que atravesamos, y ni aun remontándose a los tiempos de la Liga católica contra Enrique III de Francia y a las predicaciones de sus frailes demagogos se encontrará un semejante. No decimos esto por los propósitos que en el Senado manifestó el Sr. Navarro Villoslada de destruir y pulverizar, por medios pacíficos, la Constitución, porque al fin esta es reformativa, y como todas las otras humanas está sujeta a los resultados que arroja la experiencia; pero el invocar el testimonio de una autoridad infalible contra aquella Constitución, lo mismo que contra los principios liberales en general, es hacer intervenir activamente a la Santa Sede en los asuntos políticos y falsear abiertamente las nociones más vulgares acerca de la autoridad de la Iglesia. ¿De dónde ha podido sacar el Sr. Navarro Villoslada que el Papa es infalible cuando censura determinados principios políticos? El mismo Concilio del Vaticano no ha hecho tal declaración; pero los católicos al uso no reparan en comprometer a la Iglesia mezclándola en todas las luchas políticas y presentándola como poseedora de la verdad absoluta en materias forzosamente opinables y sujetas a las preocupaciones y a las pasiones de los hombres.»

El Sr. Navarro Villoslada alega en su discurso tres razones para tratar de destruir, de triturar, de aniquilar la Constitución vigente, para aspirar a que de ella no quede un átomo siquiera; la primera razón es porque en opinión del orador católico-monárquico, la Constitución es absurda; la segunda, porque una autoridad infalible ha condenado muchos de los principios en que se apoya o en que termina; y la tercera, porque el Gobierno mismo, infringiéndola todos los días, desde que fué promulgada, la declara de hecho inobservable, incompatible con los principios de buen Gobierno.

De estos tres fundamentos en que basaba el senador carlista su radical oposición, *La Epoca* combate el segundo, prescindiendo de los demás. Bien sabe por qué. Si la autoridad infalible no hubiese condenado la proposición de que el Sumo Pontífice puede y debe reconciliarse y avenirse con el liberalismo, ¿qué le importaba al diario liberal conservador que los anatemas hubiesen caído como el granizo, no ya sobre algunos principios o artículos, sino sobre todas y cada una de las letras de la ley fundamental, fundamental, como la llamó el Sr. Villoslada, de todos los errores del Gobierno? Pero que el Sumo Pontífice sea infalible y que con su infalible autoridad haya condenado lo que *La Epoca* proclama, esto es, que puede y debe avenirse, componerse y reconciliarse con el liberalismo, eso la paga de parte a parte; eso, perdiéndose la expresión, eso parte por medio a los católicos liberales.

Inde tra.

«¿De dónde ha sacado el Sr. Navarro Villoslada, pregunta, que el Papa es infalible cuando censura determinados principios políticos?—De ninguna parte. ¿Y de dónde, replicaremos nosotros, de dónde ha sacado *La Epoca* que el Sr. Navarro Villoslada haya dicho semejante desatino? ¿Qué derecho tiene *La Epoca* para atribuir a un orador palabras que no ha pronunciado, y sobre todo, conceptos que ni siquiera se le han pasado, ni podía pasarle por las mentes? ¿Por qué el diario liberal muda de medio al arguir y altera a su capricho, y solo porque así le acomoda, los términos de la proposición?»

El Papa no es infalible cuando censura determinados principios políticos, meramente políticos; pero el Papa es infalible cuando afirma autoridad infalible cuando afirma principios que no son meramente políticos, que son religiosos, por más que estén sentados en Constituciones llamadas políticas. ¿Pues bueno fuera que la potestad de la Iglesia se extendiese a todas partes, al cielo y a la tierra, excepto a las Constituciones políticas! ¿Pues bueno fuera que el error dogmático, la herejía tuviesen un lugar de asilo en las Constituciones, a donde no pudiesen penetrar la Justicia y la Verdad! ¿Qué era entonces el supremo juez en religión y moral, la Santa S. d., o el Estado? ¿La Iglesia, o las Cortes Constituyentes?

El Sr. Villoslada supo perfectamente lo que se dijo, y habló con toda precisión, con términos técnicos al decir que la autoridad infalible condenaba ciertos principios o artículos constitucionales, y al hablar así alzó por completo toda idea de que dichos artículos o principios fuesen meramente políticos; porque el condenar no es propio del Papa como soberano temporal, como autoridad política; el condenar principios o doctrinas es propio y exclusivo de la autoridad eclesiástica. No se dirá nunca con propiedad, con la debida exactitud de lenguaje que el Gabinete ruso condena nuestra Constitución, ni los Estados Unidos nuestra máxima contraria a la doctrina de Monroe respecto de América; así como sería inexacto decir que Leon X o el Concilio de Trento rechazaron las herejías de Lutero. Cuando se habla, por consiguiente de autoridad infalible todo católico se refiere al Papa o a la Iglesia, y cuando se afirma que la autoridad infalible condena tal o cual cosa,

con toda claridad se expresa que la tal o cual cosa condenada no es política, meramente política, sino religiosa, esencialmente religiosa.

La cuestión, pues, queda reducida a estos términos: ¿hay o no errores religiosos en la Constitución política de 1869? Si, o no, contesta *La Epoca*. Y si los hay ¿están o no condenados por la autoridad infalible?

Y si, como tiene que ser, afirmativa la respuesta a entrambas preguntas, ¿con qué derecho califica de autoridad doctrinal la proposición de que la autoridad infalible condena ciertos artículos o principios de la Constitución vigente? ¿Dónde está aquí la audacia, en el Sr. Villoslada o en *La Epoca*? ¿Con qué verdad afirma este periódico que hacemos intervenir activamente a la Santa Sede en los asuntos políticos? Nos referimos nosotros, se refería el Sr. Villoslada en su discurso a los asuntos políticos, o basta que un asunto se llame político, aunque sea esencialmente religioso para ponerlo a cubierto de las censuras eclesiásticas, de la intervención de la Iglesia?

El Sr. Villoslada declaró explícita y terminantemente al final de su discurso que el decidir sobre el dogma y la moral no eran de la competencia de las Cortes, ni del Estado, sino exclusivamente de la Iglesia; pero si el Estado y las Cortes se mezclan en lo que no les compete, si deciden sobre materias eclesiásticas, si discuten y truncan y rajan acerca de religión, ¿con qué derecho se nos quiere privar a nosotros de salir a la defensa de la Iglesia? ¿No lo hace frecuentemente *La Epoca*? ¿Por qué no ha de consentir que lo hagamos nosotros? ¿O por ventura ha de poder intervenir *La Epoca* en estas contiendas religiosas cuando pelea contra los progresistas, cimbrios y comueros, y nosotros no, cuando peleamos contra *La Epoca*? ¿Quién es aquí el infalible, el Papa o *La Epoca*?

El orador católico declaró en su discurso del sábado que éramos lógicos y no retrocedíamos ante ninguna consecuencia rectamente deducida de las premisas; a lo cual replica nuestro adversario: «lo que le sobra al mundo es lógica y orgullo.»

Gracias por la lección que da a nuestro compañero. Aprenda el Sr. Villoslada, aprenda la humildad de *La Epoca*. El Papa condena en el *Syllabus* que el romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo, no con la moderna civilización. El orgullo del Sr. Villoslada le hace dejar de ser lo poco liberal que había sido, reconocer y confesar su error, arrepentirse de él, pero la humildad de *La Epoca* la inclina a seguir procurando y haciendo diarios esfuerzos para que el romano Pontífice se reconcilie y transiga con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilización.

Aprenda el Sr. Villoslada; aprenda a tener humildad sobreponiéndose al Papa, y abomine de ese orgullo de someterse en todo y por todo, sin restricciones ni dudas a la autoridad de la Iglesia.

Aprenda también a huir de la lógica, porque según *La Epoca*, es compañera del orgullo.

### LO INDISCUTIBLE QUE CAE

#### Y LO DISCUTIBLE QUE PERMANECE.

Con harta razón decía nuestro amigo y compañero el Sr. Villoslada en el Senado que Napoleón, indiscutible, es lo único que ha caído en Francia, mientras lo que se tenía por discutible permanece y triunfa.

Para que ciertas instituciones sean indiscutibles, no basta que las declaren tales los hombres: es necesario que ellas lo sean de por sí.

Precisamente nada sufre más los embates de la fortuna, nada está más expuesto a los golpes de la adversidad que todo eso que los hombres declaran indiscutible o inviolable. La razón es obvia. El hombre no puede imponerse al hombre, si no está revestido de una autoridad procedente de una idea superior a la naturaleza humana, de la idea divina, y cuando el hombre se convierte en dogmatizador por su propia voluntad, y trata de imponer a sus semejantes el yugo de una doctrina, en nombre de la simple razón natural, tiene que tropezar necesariamente con una resistencia enérgica de parte de aquellos que se creen degradados humillándose ante un igual.

La religión no humilla a nadie. Para ella todos los hombres son hijos de Dios, y todos, de por sí, tienen la misma autoridad. Sólo que a unos les concede una categoría elevada para cumplir un mandato de Dios, y a otros les ordena la sumisión para que el orden en el mundo no se altere. Pero aquella categoría es delegada, de tal modo, que el someterse los demás hombres a ella, no se someten a otro hombre, sino a la misma voluntad de Dios.

La autoridad paterna es la que más directamente procede de la naturaleza. Pues así y todo, privese a semejante autoridad del carácter que la religión le concede; supóngase que no es una delegación del Padre común de los hombres, y una herencia que se crea realmente obligado a la obediencia y al respeto que el hijo debe al padre.

¿Si esto sucede con la autoridad paterna en la cual tanto influye hasta el instinto de la propia naturaleza, ¿qué sucederá con las autoridades políticas?

Sin duda se crea que el pueblo no tiene sentido común, o solo así se comprende que haya quien se atreva a decirle: «Tú eres fuente de soberanía; tú tienes derecho a elegir tus gobernantes, pero sabe que una vez elegido tu superior, no podrás discutirle.» Esto es absurdo y además ridículo. Y como lo absurdo y lo ridículo producen un sentimiento de repulsión en la conciencia pública, resulta que eso que no se quiera discutir cae, cuando menos se piensa, o entre los silbidos o a impulsos de la indignación del pueblo.

Pero la aberración de estos tiempos llega a un punto inverosímil. Se hacen las revoluciones para dar libertad al pensamiento, a la conciencia, a la palabra; a todo lo que más halaga el orgullo humano. Se hacen las revoluciones, en realidad de verdad, contra la Iglesia, solo porque la Iglesia, depositaria de la revelación, tiene dogmas ante los cuales debe someterse toda inteligencia. Pues esas revoluciones desputes de haber libertad a los pueblos de la tiranía de los dogmas, no hallan otro medio de consolarse y de imponerse que el de definir dogmas nuevos y declararlos indiscutibles e inviolables.

En nombre de la razón humana, se echan abajo los dogmas de la razón divina; y luego la razón humana define otros dogmas contra los cuales no es permitido el ataque de los mismos definidores. ¿No es verdad que el mundo ha llegado al período más de la locura y la insensatez?

Pero la locura y la insensatez no crean nada sólido ni estable. Instituciones fundadas sobre lo absurdo y defendidas por lo ridículo, son arrastradas por el primer soplo del huracán que la justicia ultrajada levanta. ¿Quién no conoce pruebas prácticas de esta verdad?

Bajo el régimen constitucional más o menos la-

to, más o menos democrático, todo es discutible y violable; Dios, la propiedad, el gobierno. Pero hay una cosa que se pone siempre fuera de discusión, y es la personalidad del monarca nacido de o confirmado por la soberanía nacional.

Es lo único que no se puede atacar ni discutir; es el único dogma de la sociedad. Pues bien: llega un momento de crisis: la ola popular avanza hasta las riberas de lo indiscutible, y lo indiscutible es lo primero que desaparece entre el torbellino de las aguas.

Recordáis a Luis Felipe, a Isabel II, a Napoleón III? Eran indiscutibles, pero bajo su reinado se discutían todos los dogmas de la religión cristiana. ¿Qué dogma ha desaparecido? Cristo, desde la alta de la cruz, sigue imperando y venciendo: la Iglesia, abrazada a la cruz de Cristo y como Él azotada y escarnecida, sigue venciendo en su martirio imperando en su esclavitud. Millones de cristianos permanecen unidos a la fe de la Iglesia, y de ellos hay que mueren por ella y mueren por defender la indiscutibilidad de sus dogmas.

Los poderes indiscutibles, según la soberbia humana, despidiéndose desde la cumbre, y al llegar al abismo no fueron discutidos, sino enterrados como cadáveres de animales inmundos, bajo el desprecio público. Después de ellos se ha levantado otro nuevo poder que pide el aniquilamiento de todos los dogmas sociales. Y desde su punto de vista tiene razón. Si los dogmas religiosos pueden discutirse, y si lo que la conciencia de los hombres declara indiscutible cae despreciado y despreciado, ¿por qué ha de permanecer intacto el dogma de la propiedad, del gobierno y del orden?

La demagogia no se para a mitad del camino. Si los dogmas de la religión pueden discutirse y desconocerse, los dogmas de la sociedad pueden desconocerse y discutirse también. Sin la idea de Dios, sin la idea religiosa que da movimiento y vida y solidez a la creación entera, la idea de gobierno, la idea de propiedad, la idea de familia, todas las grandes ideas o los grandes principios fundamentales, no tienen razón de ser, porque no tienen cimiento.

Más Dios quiere que la idea religiosa permanezca en pie, a pesar de la discusión y del ataque. Y Dios quiere que las instituciones declaradas indiscutibles por el simple interés humano desaparezcan casi como el humo, como la sombra.

Y desaparecerán.

Nosotros no hemos invocado la autoridad del *Figaro* para probar, como dice *El Imparcial*, cuán simpática es a Francia la restauración del conde de Chambord, sino para que *El Tiempo* viese la dirección que hoy por hoy llevan las corrientes de Europa.

*El Imparcial* trata de confundirnos diciéndonos que precisamente *El Figaro* era uno de los periódicos subvencionados por el imperio, según los papeles hallados o inventados en las Tullerías por los hombres del 4 de Septiembre. Sea en buena hora. ¿Y no cree *El Imparcial* un gran síntoma a favor del conde de Chambord que periódicos, como supone que es el *Figaro*, periódicos mercaderes en una palabra, se declaren en pro de la legitimidad?

No olvide el diario cimbrio que es más fácil que la pasión ofusque a los políticos que el interés o el cálculo al comerciante. Si lo es el *Figaro*, convenga *El Imparcial* en que las declaraciones del diario francés, de que nos hicimos cargo el sábado, tienen inmensamente más autoridad, como síntoma, que si las hubiera hecho en algún otro periódico meramente político.

Y dicho esto, no hemos de dejar sin advertir la contradicción del *Imparcial* al pretender rebajar la importancia de las declaraciones del *Figaro*, porque este periódico tomó o dejó de tomar subvenciones del imperio. Aguarde *El Imparcial* algunos años, y sobre todo, espere a que se verifique en España un cambio tan brusco y completo como el de Francia en Septiembre último, y verá entonces lo que son gran número de periódicos españoles juzgados por el criterio del *Imparcial*. Y sin necesidad de eso, aplique desde luego el mismo criterio a esos diarios ministeriales llenos de privilegios, y cuyos redactores, administradores y porteros disfrutaban sueldos por muchos millones de reales, y díganlos, si tan franco quiere ser con nosotros, que no da grima leer esas obligadas defensas que diariamente aparecen en esos periódicos, entusiastas de una situación que les remunera sus adulaciones a costa del país.

Recuerde también *El Imparcial* lo que en Italia se ha dicho sin contradicción de nadie, respecto a los periódicos que a razón de tres cuartos de la publicación publicaban calumnias contra el augusto padre del actual rey de Nápoles, y preparaban la repugnante revolución italiana, y si es consecuente, reniegue *El Imparcial* de ella y de sus autores, que por tan ruines medios y otros peores todavía consiguen apropiarse estados que no les pertenecían.

Por último, no olvide el diario cimbrio que él, como periódico revolucionario, no puede alegar semejantes argumentos, porque la revolución es la que introdujo y ha logrado acimular en Europa ese mercado de conciencias algo más repugnante que el de esclavos



y del derecho; son también anarquía moral y material originada por la absurda libertad de todas las opiniones buenas y malas, conservadoras y perturbadoras.

Todo esto lo sabe *La Epoca* lo mismo que nosotros; pero como *La Epoca* es doctrinaria tiene buen cuidado en no precisar nunca el sentido de las palabras que emplea con frecuencia para no verse en la imposibilidad de hablar.

Tenemos á la vista la comunicación que la junta de la Iglesia evangélica libre de Málaga ha dirigido al alcalde de aquella población, pidiéndole que los agentes de la autoridad no molesten á los que en la próxima festividad del Corpus falten al respeto debido al Sacramento, cuando este sea llevado en procesion por las calles, según ordenan los ritos de la Iglesia católica.

También hemos leído la contestación dada por el alcalde de Málaga á los evangélicos, y, francamente, nos ha regocijado el alma ver en estos tiempos una autoridad que, haciéndose superior á las declamaciones de algunos periodistas, vuelve por los fueros de la religión, protege el sentimiento católico de los españoles y da una severa lección á los herejes extranjeros, recordándonos que si la Constitución les ha abierto las puertas de España, de ninguna manera les ha autorizado para escarnecer las creencias del país.

El alcalde de Málaga advierte á los evangélicos que miren lo que se hacen, porque sabedor de sus intenciones, advertirá á los agentes de la autoridad que prendan inmediatamente y entreguen á los tribunales á cuantos evangélicos y demás sectarios se atrevan á faltar á las consideraciones debidas á un acto público de la religión católica.

¡Pues solo faltaba que cuatro advenedizos y otros tantos apóstatas pusieran la ley al resto de los españoles! Hicieran todas las autoridades locales lo que ha hecho la de Málaga, y además de cumplir con su deber, evitarían que se mostrasen tan insolentes los que sólo por condescendencias pasajerías han recibido carta de naturaleza en nuestro país.

Es extraño que *La Epoca* en el mismo párrafo en que atribuye á *El Imparcial* más afición á decir inecias que á leer lo que sus colegas escriben, incurra en idénticos descuidos.

Nosotros no soñamos con enterrar á *La Epoca*, y de ello podía haberse convencido este periódico con solo leer nuestro número del sábado. Nosotros dignos que *La Epoca*, periódico, no estaba para emitir juicios, sino lágrimas; y fundamos nuestro aserto en que la época presente, ó sea la época de los Gobiernos doctrinarios, presenta síntomas mortales.

En cuanto á la vitalidad de *La Epoca*, no estamos muy lejos de pensar como *El Imparcial*, que cree invulnerable al diario de la calle de las Torres. El periódico que ha resistido los cambios de opinión experimentados por *La Epoca*, bien puede decirse que está á prueba del petróleo de los incendiarios de París. No necesitamos añadir que también está á prueba de la severidad del partido carlista en materia de imprenta, porque *La Epoca*, el día no lejano del triunfo de nuestra causa, puede confundirse reproduciendo párrafos de la colección no ya católicos sino místicos, y hasta podrá alegar, si le place, cierta significativa benevolencia hacia el Sr. D. Carlos VII y su augusta familia, casi, casi, á raíz de la revolución de Septiembre.

Vea, pues, *La Epoca*, y vea también *El Imparcial* cómo no podemos soñar con la muerte del diario de la calle de las Torres nosotros, cuya predilección por *La Epoca* es tanta que una por una recordamos las variaciones de este periódico, que en esto de variar da quince y raya á la secta protestante.

Las noticias de Francia no han hecho muy buen efecto á los liberales madrileños: la prensa empuja acerca de ellas, como si temiera aumentar su gravedad con referencias y comentarios, y solo se permite escribir alguna que otra vez la palabra *reacción*, grito arrancado á sus temores y recelos. Ningún periódico liberal discute acerca de la fusión de las dos ramas borbónicas de Francia; hecho cuya importancia no desconocen, según las confesiones que hacían cuando se anunciaba, y le consideraban inexacto y poco menos que irrealizable. Ni siquiera la diplomática y sesuda *Epoca* ha dicho qué le parece de tan interesante suceso, y se ha contentado con augurar que «las cosas no van tan deprisa como los carlistas se figuran».

Más exacta hubiera sido *La Epoca* diciendo que no van por donde ella desea: en cuanto á nosotros, no hemos limitado á afirmar que la fusión favorece mucho la solución monárquica tradicional en Francia, cosa que la misma *Epoca* reconoce cuando dice en otra parte que «Francia está amagada de una reacción que podrá ir demasiado lejos». Esto, en términos precisos, quiere decir que Enrique V tiene grandes probabilidades de subir al trono de sus mayores.

En cuanto á la proposición de conferir al señor Thiers la presidencia del poder ejecutivo por dos años, parece que es un lazo de la izquierda que pretende atar las manos á la mayoría. Como los orleanistas, sobre todo, consideran jefe político, ó más bien parlamentario al Sr. Thiers, podrían no atreverse á rechazar la mencionada proposición; más por otra parte, no es posible que se les oculte que Francia no está para interinidades, y que en pos de esta espantosa crisis, necesita un Gobierno que la dé estabilidad y reposo.

No parece sino que *El Imparcial* ha conocido al fin la gravísima injusticia que ha cometido con el Sr. Manierola, calumniándole varias veces, pero que sin valor para retractarse de esas calumnias, busca medios de convencer á sus lectores de que no deben dar crédito alguno á cuanto ha dicho ó dice respecto á carlistas.

Ayer hacia pasar por Hendaya á los internados que de San Juan de Luz se dirigían á Bayona, y hoy, hablando segunda vez del particular, escribe las siguientes líneas para que vean los periódicos carlistas cómo los ponen en ridículo sus amigos:

«Dice el correspondiente anónimo, escribe el diario democrático, que entre los españoles residentes en San Juan de Luz, presos, como otros, sin motivo, y sólo por el afán de cometer tropelías, estaba el hijo del senador Sr. Rivas, joven que asiste allí á un colegio».

El senador Sr. Rivas no tiene más que un hijo, muy apreciable por cierto, que vive en Madrid, en compañía de su señor padre, que terminó sus estudios hace muchos años y es hoy un hombre formal.

«Buena ocasión para que nos silbe *La Esperanza*, ya que no quiere silbarlos *El Pensamiento Español*».

El caso es de síla ciertamente. Nuestro amigo el senador Sr. Rivas, vive fuera de Madrid y tiene varios hijos: ninguno de ellos ha estado ni está, que sepamos, en la corte.

Ahora bien; ¿se aventuró suponer que *El Imparcial*, al afirmar una y otra vez con ese desenfado

de y ligereza cosas notoriamente inexactas, se propone únicamente demostrar á sus lectores «que no deben tan poco darle crédito en sus calumnias»?

Desdichado *Imparcial*, que á tales recursos apela para devolver la honra al prójimo, desdichado diario, que de este modo labra su completo descrédito!

Todos los Obispos españoles disponen grandes solemnidades religiosas para el Jubileo Pontificio. Hoy hemos recibido las circulares de los señores Obispos de Zamora y Gerona expedidas con este objeto. Todos recomiendan á sus Párrocos que promuevan comuniones generales, y además de ordenarles que celebren Misa solemne con *Te Deum*, anunciada por repique general de campanas. Algunos disponen que estas fiestas se repitan el día 21, y que entre el 18 y 21 haya rogativas públicas.

Si el pueblo, como es de esperar, corresponde con su celo y fervor al de nuestros virtuosos Pastores, no hay duda que el 18 de Junio será señalado entre los más gloriosos y solemnes de España.

En un artículo que dedica *El Debate* al discurso del Sr. Nocedal, en el cual hace elogios del talento y de la habilidad de nuestro ilustre amigo, encontramos las siguientes líneas:

«Figúrese el lector como nosotros ayer nos figuramos al Madrid de la nueva teocracia, al Madrid que el Sr. Nocedal y su escuela se esforzaban en hacer, sin gas, sin periódicos, sin lujo, sin tramvía, sin ferro-carriles, sin Parlamento, con sus edificios públicos convertidos en Monasterios, sus cuarteles henchidos de voluntarios realistas, incomunicado con el mundo, con sus días dedicados á nuevos autos de fe en la Plaza Mayor, y sus noches misteriosas con sus serenos cantando el *Ave-Maria* antes de la hora. Los liberales de todas procedencias, empujados por los fueron correligionarios del Sr. Nocedal, navegando hacia Fernando Pío y hacia Filipinas, y desesperanzados de volver á formar mandadas de mayorías y minorías....»

Todo esto será muy bonito y de efecto para ciertos patriotas; pero piense *El Debate* si es compatible con la seriedad de que quiere hacer alarde pintando al partido carlista como enemigo del gas, de los ferro-carriles y otros adelantos modernos.

¿Qué tiene que ver esto con el periodismo, al cual ciertamente no somos ajenos, ni en que se opone á los conventos, cuyo restablecimiento deseamos y que tanto temen los liberales?

Un poco de seriedad no le sentará mal á *El Debate* cuando trate de impugnar los discursos ó escritos de nuestros amigos.

Según dice un periódico de Tortosa, ha aparecido en la partida de La Cara un milagrero que se titula Pastor protestante, y que se supone con poder sobrenatural para curar tullidos, ciegos y leprosos.

El tal milagrero protestante parece que es objeto de las mayores consideraciones por parte del alcalde pedáneo. Si en lugar de llamarse protestante, se fingiera católico el nuevo industrial, como le llama un periódico, estaría á estas horas en la cárcel dando cuenta de su virtud sobrenatural.

Cuéntase que el mártir pasado se alteró el orden (parece imposible) en Castellfort, provincia de Castellón, por haberse opuesto los vecinos al pago del reparto municipal.

Para satisfacción de la opinión liberal era menester buscar un editor responsable del motín ó supuesto motín de Castellfort, y se ha salido del paso colgando el mocho al partido carlista, lo cual ha inspirado á *La Política* la siguiente intencionada frase: «Única víctima del motín: el partido carlista á quien se atribuye».

Pero un periódico no carlista, *Las Provincias* de Valencia, que por su proximidad al teatro del motín debe tener mejores noticias de las que se tienen por acá, dice que no se conocen detalles para apreciar si el plan fué combinado por el partido carlista. Si hubo plan, y plan que ha dado por resultado ser la víctima el partido carlista de Castellfort, sería más cuando buscar fuera de él á los verdaderos promovedores del alboroto.

Para restablecer el orden envió el gobernador militar de Morella nada menos que una compañía de tropa y varios guardias civiles, y el gobernador civil de la provincia se ocupa en averiguar la procedencia del alboroto.

Este ofrece el fenómeno de no haber producido desgracia alguna. En suma, nada entre dos platos ó acaso un lazo mal dispuesto.

*El Tiempo* ha oído en el salón de conferencias del Congreso algo referente á no sabemos qué nuevos puntos negros.

Hé aquí lo que *El Tiempo* ha pescado en el sudoroso salón:

«Parece que el examinar ciertas cuentas de la Deuda flotante, se han encontrado faltas de justificación que horrorizarán al país si se hacen públicas y no se subsanan».

Parece también que relativamente á las cuentas del Patrimonio existe una real orden dispensando al Sr. Abascal de necesarias formalidades.

De desear es, que haya sobre esto las convenientes explicaciones.»

Dice anoche *La Epoca*:

«La mayoría del Senado se ha reunido hoy con asistencia de todos los ministros para ponerse de acuerdo sobre la comisión que mañana ha de nombrarse con el encargo de designar los ministros del Tribunal de Cuentas, en unión de otra comisión igual de diputados. No hay que decir que tratándose de una comisión que ha de dar buenos destinos, la cosa no ha marchado con la misma facilidad que si se tratara de algún proyecto de interés general, el de presupuestos por ejemplo».

El ministerio quería que una comisión nominadora indicada por el presidente, hiciera la designación de los individuos que mañana hubiera de votar la mayoría. No dejó de haber alguna resistencia para esto; pero prevaleció al cabo la voluntad del Gobierno y la comisión nominadora se compuso de los presidentes y vice-presidentes de las secciones, pero su deliberación fué tan larga que nos cansamos de esperar el resultado.»

Acabamos de recibir la siguiente carta de Cuenca, que da idea del entusiasmo con que ha sido recibido en aquella católica ciudad el virtuoso é ilustrado señor Obispo, al regresar de esta corte:

«Cuenca, 2 de Junio de 1871.—Muy señor mío y de todo mi aprecio: Escribo bajo la acción del más grande entusiasmo. Lo que ayer tarde sucedió en esta noble ciudad, puede presenciarse y sentirse, pero describirse no».

En el coche-correo regresé de esa corte nuestro dignísimo Prelado, y Cuenca, que sabe apreciar las relevantes dotes de su esclarecido Obispo, quiso demostrarle que ni fue, ni es ni será nunca indiferente á sus triunfos.

Habían salido á esperar á S. E. I. varias comisiones y muchos particulares, estos en su mayor parte

á caballo. Los carruajes, en que iban las comisiones, eran docos.

Las campanas y los cohetes anunciaron á las tres, la proximidad de ya celebrase senador por Guipúzcoa, y todos corrían á verle y saludarle.

Ala entrada en la población se bajó del coche, y lo que ocurrió desde entonces es preciso verlo: no puede decirse.

La multitud era inmensa, y tan fuera de sí, que su entusiasmo rayaba en delirio.

La ovación que recibió ayer en la capital de su diócesis nuestro dignísimo Prelado fué, sin exageración, una cosa aquí nunca vista.

Los balcones estaban adornados con preciosas colgaduras, y se le arrojaron desde balcones y ventanas flores, guirnaldas y ramos. Las calles quedaron alfombradas de flores.

En tres puntos distintos salieron niñas lujosamente vestidas que ofrecieron á S. E. I. preciosas coronas y hermosos ramos, tributo que á sus virtudes y saber rendía la infancia. Cuando esto sucedía la multitud aclamaba frenética.

Próximo al Ayuntamiento se había levantado un bonito arco de triunfo con follaje, flores y coronas. Otro, formado con guirnaldas de flores, se ostentaba vistoso en una de las entradas del palacio episcopal. En la Catedral, donde se cantó solemne *Te Deum* y moteo, no se cabía, y menos en el palacio invadido por el religioso pueblo conque.

Al entrar en el palacio S. E. I., los jóvenes seminaristas tocaron y cantaron un precioso himno, dedicado por la juventud estudiosa al héroe del Concilio. La letra y la música es de dos jóvenes escolares.

Por la noche hubo iluminación y se obsequió á S. E. I. con una serenata.

Ya dije que escribía sin concierto. Solo si repetiré, que ovación igual no la ha visto la ciudad de Cuenca.

Las aclamaciones y vivas á la Religión, al Papa rey, al Papa libre, á España y á S. E. I., arrancaban suspiros al corazón y lágrimas á los ojos.

Lo que ayer ocurrió en esta ciudad fué una victoria completa de la causa de Dios.

Todo era grande, y más grande por que todo era verdad.

¡Gloria á Dios!

Pregunta *La Epoca* que es lo que ha pasado en Murcia con un contrabando aprehendido por el administrador económico en persona.

La *Política* se hace cargo de la pregunta de *La Epoca*, y por vía de contestación dice lo siguiente: «A propósito de puntos negros. Leemos en un periódico de Málaga:

«La mala... Cuarenta y siete carretas atestadas de fardos [Gibraltar en Málaga] Géneros, tabacos, quinacalla, Los felatos abandonados [Destituciones, sobornos, bofetadas] Grandes peloteras entre los concejales postizos [El alcalde y otros de la corporación dimiten] Se nombra nuevo personal para las puertas... [La vengenda se aproxima]... ¡Gran Dios, qué ideal... [La mala, señores, la mala]»

Málaga está escandalizada con el gran contrabando que se ha descubierto.

No podemos entrar de lleno en la cuestión; pero sea preciso que se haga luz, mucha luz sobre este asunto, y que todos sepamos la verdad.

El esclarecimiento de los hechos interesa á muchas corporaciones y personas, lo cual nos hace acordar que no se pretenda echarle tierra al negocio. Y si se le quiere echar, *El Papel Verde* escarbará sin consideración á nadie, que esto ya pasa de castaño oscuro, y es una mala vergüenza que Málaga venga siendo el juguete de un puñado de hambres sin pundonor y sin delicadeza.

La voz pública, la prensa lo dice: el escándalo es cierto».

Si todo esto es cierto, dice *La Política*, repetimos con el colega: ¡La mala!

*El Correo de Andalucía*, diario malagueño ha publicado el siguiente suelto:

«El martes fué público objeto de todas las conversaciones el suceso ocurrido anteayer en el municipio: hasta la una y media duró el cabildo secreto, á que se redujo después del ordinario: resultado de él fué la retirada ó separación del alcalde primero, la suspensión de todos los empleados de arbitrios y la sustitución de estos por los guardias municipales y serenos que naturalmente dejaron la población abandonada: se dice que todo ello ha sido efecto de un contrabando de quinacalla, tabaco y ropa que aquellos dejaron entrar, lo cual nos parece inverosímil, porque los empleados de arbitrios no pueden ser responsables de una vigilancia que no les está encomendada; otros aseguran que ha sido por permitir el pase á ciertos artículos que debían devengar derechos, y que se había tanto y se ofende tanto á determinadas personas, que no podemos creer ni admitir la mayor parte de lo que se comenta y se murmura; lo cierto solo parece ser la retirada del alcalde y la interinidad en su puesto del Sr. Gomez de Riva».

«Nosotros, en vista de los hechos tangibles, de lo positivo que es un nuevo conflicto en la municipalidad no podemos menos de lamentarnos con la mayor angustia de que por fás ó por nefas, Málaga sea objeto permanente de una desgracia sin límites, de una especie de estigma que la condena á perpetuo escándalo y á perpetuo señalamiento entre todos los pueblos de la Península».

«¿Qué desgracia de país, tan digno de mejor suerte!»

Por último, *El Avisador Malagueño* publica la siguiente noticia:

«El señor fiscal del juzgado del distrito de la Merced ha denunciado al tribunal correspondiente el supuesto de que se ha hablado estos días, á sea el contrabando que se dice introducido en Málaga».

Veremos en qué para este negocio.

Un dato para la historia de las elecciones en Sevilla:

«Susurrase, dice *La Andalucía*, que después de hecha la convocatoria para las elecciones que van á celebrarse en el distrito de Sanlúcar la Mayor, se han enviado comisionados de apremio á varios pueblos para exigirles paguen ciertos atrasos. Esto confirmaría lo que dijimos hace poco sobre los milagros de la influencia moral; y como, siendo cierto, marcaría uno de los casos de responsabilidad penados por la Constitución, acosejamos á los electores instruyan las oportunas informaciones para llevar á los tribunales á las autoridades que puedan haber cometido tal abuso».

Ya irán viniendo más datos de los otros puntos en que la influencia moral se haya dejado sentir.

Parece que el Sr. Moret ha dado orden á todas las administraciones económicas de las provincias para que se satisfagan á las clases pasivas las mensualidades correspondientes hasta fin de Diciembre. Del dicho al hecho... ¿Cuánto tiempo hace que se mandó entregar á los maestros de escuela lo que se les adeudaba? Se paga con dinero, no con órdenes que luego no se cumplen.

El sábado hubo un alboroto, al parecer promovido por las enfermas de dos salas de San Juan de Dios, dice un periódico, por negarse á obedecer y observar ciertas prescripciones reglamentarias del establecimiento. El señor gobernador civil envió un delegado de su autoridad al hospital, el cual dispuso que algunas enfermas fueran trasladadas á las salas destinadas á prisión, puesto que su estado lo permitía, con lo cual se restableció la tranquilidad.

La comisión de diputados andaluces, en su reunión de anoche con la comisión de presupuestos, manifestaron terminantemente que rechazaban el impuesto sobre bebidas, y acordaron manifestarlo al ministro de Hacienda en una conferencia que celebrarán con él al efecto. Alguno de los diputados

parece que se manifestó quejoso de que á ellos no se les hubiera hecho la oferta que á los catalanes respecto de este asunto.

Todo [son para el Sr. Moret obstáculos, que sin duda no alcanzó á prever».

Se ha mandado de real orden, que se consideren movilizados y sin sueldo los voluntarios de la Libertad de Castel Dasens (Lérida) y los de Cervera, disponiendo que se entreguen cuarenta carabinas al primero de dichos ayuntamientos, y ochenta al segundo, todas para los voluntarios.

¿Nos dirán los periódicos ministeriales qué ocurre en Cataluña?

A treinta y tres ascienden ya las enmiendas presentadas al mensaje, y aun se anuncia alguna más

Dice *El Tiempo* que en las regiones oficiales se estudia un proyecto de reforma de organización de la casa de la moneda, atendiendo en la parte administrativa al sistema descentralizador que se sigue en otras naciones de Europa.

Los capitanes de fragata D. José Ruiz Higuero, D. Wenceslao Alvar Gonzalez y D. Miguel de Gaston, se han encargado del mando de los vapores *Blasco de Garay*, *Vasco Nuñez de Balboa* y *Lepanto*, y de la corbeta *Narvaez* de la propia graduación D. Enrique Zuloaga.

Dice el *Diario de Córdoba* que la comisión de presupuestos ha propuesto á la diputación de aquella, y esta ha acordado, la supresión de su universidad.

¿Pues no era cosa convenida que el cerrar las Universidades no podía verse en tiempos de liberalismo?

Don Joaquín Fernandez Marcote, procesado y preso por sospechas de complicidad en el asesinato del general Prim, según *La Correspondencia*, ha apelado del auto del juez, por el cual se le niega la escarcelación, y cuyo incidente se ha recibido en la audiencia de este territorio, para su resolución definitiva.

Por el ministerio de la Guerra se ha expedido una circular dando de baja en el estado mayor general del ejército á los capitanes generales señores duques de Montpensier, conde de Chester; á los tenientes generales D. Eusebio Calonge, conde de Puñonrostro, y los brigadieres D. Miguel Trillo y D. Andrés Saavedra, por haberse negado á jurar al rey.

Según un diario noticioso, se han dado las órdenes oportunas para que todas las corporaciones civiles y militares concurren á la procesion del Corpus.

De Toro escriben á un periódico, manifestando que se hacen circular en aquel punto los más absurdos rumores, lo que contribuye naturalmente á tener en constante alarma á los habitantes, habiendo llegado á alterarse el orden uno de estos últimos días al llegar una de tantas noticias falsas.

Esto se halla en la atmósfera que se respira.

Dice un periódico valenciano que una subcomisión compuesta de los Sres. D. Juan Reig y Garcia y D. Pedro Moreno y Villena, es la encargada de redactar la exposición que va á elevar á las Cortes la sociedad de Amigos del país sobre los nuevos gravámenes que imponen á los contribuyentes los proyectos financieros del Sr. Moret. Ya está formulada la exposición, que pronto se someterá al juicio de tan respetable sociedad.

¿Qué tormenta levantan en todas partes los proyectos del Sr. Moret!

Ha pocos días hubiera sido robada la iglesia de pueblecillo de Tendal, inmediato á Leon, si el párruco y algunos vecinos, no hubieran llegado con tal oportunidad, que detuvieron al ladrón en el acto de prepararse para la huida, ocupándole un saco con varias alhajas y otros efectos de aquel templo.

La osadía de los ladrones sacrilegos llega ya á su colme.

Si hemos de creer á *El Imparcial*, el Sr. Moret se opone al restablecimiento de las puertas y felatos, haciéndolo cuestión de Gabinete.

Según dice *El Vigilante* de Gerona, han sido detenidos en aquella capital, por la autoridad superior, once refugiados franceses. Se ignora si hay alguno procedente de París.

Anteayer llegó á Madrid el señor general Ma-

kenna.

Instantáneamente fué á presentarse al señor ministro de la Guerra, y dice un periódico que ha sido curiosa la conferencia.

Según *El Imparcial*, el 26 del pasado en el punto llamado Las Cometas, término de Albelda de Aragón, sorprendió la Guardia civil de Almenar (Lérida) á cuatro criminales armados de trabucos y fusiles que se negaron á rendirse, trabándose una lucha de la que resultó muerto el bandido José Salve, huyendo los otros tres que le acompañaban.

Dice *El Euzkalduna* de Bilbao, que D. Aristides de Artillano, por sentencia dictada el día 30 de Mayo, ha sido condenado á 200 pesetas de multa por delito de provocación directa á la sedición, por atacar á la diputación actual, y en dos meses y un día de arresto mayor por calumnia á la autoridad militar, con más las costas y gastos del juicio, por delitos cometidos en dos artículos publicados en dicho periódico.

Ahi es nada.

Se confirma la dimisión del subsecretario de Hacienda, á causa del nombramiento hecho á favor del Sr. Sanchez Borguel.

Esta noticia ha salido cierta, á pesar de haberla desmentido los órganos ministeriales.

Dice *El Imparcial*:

«Aun cuando no es todavía cosa segura que realicen su pensamiento, algunos diputados tienen el propósito de presentar una enmienda al presupuesto de gastos, cuya síntesis es la siguiente:

«Suprimir el ministerio de Marina; llevar al de Estado, formando una sección especial, el almirantazgo como alto cuerpo administrativo; suprimir también el cuerpo consular acreditado en el extranjero y encomendar el desempeño de sus funciones á los oficiales de la armada que se hallen actualmente en situación pasiva.»

## CORREO DE HOY.

Multitud de estudiantes romanos, más de 200, han dejado de asistir á las cátedras de los profesores que han felicitado á Dollinger, y se han presentado al Papa llevándole un ferviente mensaje de sumisión y fidelidad.

Pío IX les recibió con suma benevolencia, dirigiéndoles cariñosas frases.

Hoy no hemos recibido periódicos de París.

Leemos en una carta de Roma:

«Mientras los usurpadores de Roma nos dan todos los días el espectáculo de sus vicios, de su impiedad y de su estulticia, el verdadero pueblo romano, el pueblo que ora y espera, protesta de los días de estos gobernantes y de esta libertad que tan cara le cuesta».

Este pueblo llenó ayer la iglesia de los Capuchinos, en donde se celebró una solemne función religiosa en honor de Nuestra Señora de la Esperanza. El Sumo Pontífice no pudo asistir á la fiesta, porque la iglesia de los Capuchinos no dista mucho del Vaticano, y el Papa prisionero no puede ¡ay! pasear por las calles de su ciudad.

Pero ya que no le fué posible asistir al templo, mandó en ofrenda á la Virgen una bandera de raso blanco recamada de follajes de oro. El Obispo de Palmira desplegó esta bandera y la enseñó al pueblo que llenaba la anchurosa nave del templo; y ese pueblo prorumpió en un viva á Pío IX.

Ese buen pueblo gritaba con los ámbros: ¡Viva el augusto Vicario de Jesucristo! Ese buen pueblo, desde el fondo de su corazón, saludaba también al Pontífice-Rey.

Dos personajes han visitado estos días nuestra ciudad: Godda, ministro de S. M. el rey del Piemonte, y Kouper, almirante de la república de los Estados Unidos. El primero es ó pretende ser católico; el segundo es protestante. Este empero ha visitado á Su Santidad; aquel ni siquiera ha puesto el pie en la plaza del Vaticano.

Los estudiantes católicos de esta universidad han acordado no asistir á las cátedras de los profesores que enseñan descaradamente las doctrinas ateas. El Gobierno ha impuesto un castigo disciplinario á los estudiantes católicos, y ha condecorado á los profesores ateos.»

Dicen de Lyon:

«Entre los insurrectos fusilados en París había varios agentes bonapartistas. El periódico *El Estandar* ha proporcionado dos: el famoso Pascual Grouset y Ulises Parent. Este último es quien firmaba las órdenes del incendio. Sería una estadística muy curiosa la de los agentes bonapartistas, nombre por nombre, comprometidos en esa tragedia de París.

Hay otra estadística no menos curiosa, que está hecha ya, y es la de los extranjeros que han formado parte de la municipalidad. Esta se componía de 406 individuos, y entre ellos había nueve italianos, veintinueve polacos, dos norteamericanos, un egipcio, dos portugueses, siete alemanes ó prusianos, dos valacos, un húngaro, un belga, un español y un holandés, ó sea cuarenta y ocho extranjeros.»

Los Obispos belgas han dirigido al rey una notable exposición pidiéndole que intervienga en favor de los derechos de la Santa Sede.

Los Obispos ingleses han enviado á Su Santidad un afectuoso mensaje de adhesión, protestando contra las iniquidades piemontesas.

## ÚLTIMA HORA.

### SENADO.

Al principio de la sesión anunció el Sr. Mendez Vigo una interpección sobre la política funesta del Gobierno en Ultramar.

Al ir á votar la comisión que ha de nombrar los ministros del Tribunal de Cuentas, pidió la palabra al Sr. Gombouren, y anunció que si no se le dejaba hablar se retirarían los carlistas. No se le dejó hablar, y carlistas, republicanos, moderados y montpensieristas retiráronse sin tomar parte en la votación.

Procedió á votar la comisión inspectora de la Deuda, y á ella concurren las oposiciones, votando al Sr. Herrero.

Entróse en la discusión del reglamento, aprobándose y retirándose varios artículos.

### CONGRESO.

Se ha apoyado una proposición sobre arbitrios para la continuación de las obras de Valencia. El señor Ruiz Capdepon pretende que los arbitrios se restablezcan con arreglo á la ley de 1856. La proposición ha sido tomada en consideración.

El Sr. Jove y Hevia apoya sus enmiendas á varios párrafos



## PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRAFICOS.  
(De la Agencia Fabra.)

LONDRES, 3 (á las tres y treinta minutos de la tarde: por el cable anglo-portugués).—Según las últimas noticias de París, todas las calles están expeditas: habiendo desaparecido las barricadas por completo. La ciudad recobra su aspecto ordinario, reinando en ella completa tranquilidad.

En la Bolsa se han cotizado hoy:  
Consolidados ingleses, á 91 7/8.  
3 por 100 francos, á 52 3/4.  
3 por 100 español, á 33 5/8.

VERSALLES, 3 (á las siete y cincuenta y cinco minutos de la tarde).—La Asamblea nacional ha aprobado por unanimidad un crédito de 4.053.000 francos, destinados á la reedificación de la casa del señor Thiers, derribada por los insurrectos de París.

La comisión que ha de emitir dictamen sobre la ley levantando el destierro de las dos ramas de los Borbones, se muestra casi por completo favorable al proyecto.

Asegúrese que pasado mañana se presentará la proposición confiriendo al Sr. Thiers el poder ejecutivo durante dos años.

VERSALLES, 4 (á las diez y treinta minutos de la mañana).—Pascual Grousset fué preso ayer en París.

Se está buscando activamente á Pyat, que probablemente no habrá abandonado á París.

Confírmase la noticia de que mañana se presentará á la Asamblea una proposición prorogando los poderes conferidos á Thiers.

El periódico *Le Français*, hablando de las cuestiones parlamentarias pendientes, dice que no sería extraño que todas estas cuestiones condujesen á la Asamblea á confirmar de nuevo la regla de conducta establecida en el programa de Burdeos.

Este sería el medio más natural, añado, para impedir que nadie desconociera sobre los motivos que originan la aprobación de las actas de los príncipes de Orleans y la supresión de la ley de destierro contra los Borbones.

El incidente que tuvo lugar en el Senado belga con motivo de la expulsión de M. Victor Hugo del territorio de Bélgica, es el siguiente, tomado de un periódico de Bruselas:

«EL MARQUÉS DE RODES: Un hombre tan célebre por su genio como por su volubilidad política, un hombre que ha sido legitimista bajo la restauración, orleanista y par de Francia bajo el Gobierno de Julio, amigo de Jérôme Bonaparte en 1848, luego republicano, y por último socialista, abusando de la hospitalidad que Bélgica le había concedido en varias ocasiones, ha respondido con un reto á las declaraciones que el Gobierno había hecho en las Cámaras y el país había aprobado.

En esta circunstancia, preguntó á mi respetable amigo el señor ministro de Negocios extranjeros, cuáles son las medidas que el Gobierno propone tomar para hacer respetar las leyes y vengar la moral pública ultrajada.

EL BARON DE ANETHAN, ministro de Negocios extranjeros: Después de la carta de M. Victor Hugo que creo inútil calificar, y de las escenas que han ocurrido después de su publicación, el Gobierno ha creído que la provocación al desprecio de las leyes y la desobediencia á las órdenes del Gobierno (El señor presidente: Una verdadera bravura!) eran de tal naturaleza, que podrían comprometer la tranquilidad pública, el Gobierno en esta circunstancia, como ha tenido lugar en otras ocasiones respecto al mismo personaje, el Gobierno ha creído de su deber invitar á M. Victor Hugo á salir de Bélgica. (Varios señores: ¡Muy bien! ¡Muy bien!) Mr. Victor Hugo se ha negado rotundamente á ello.

Desde entonces, señores, el deber del Gobierno está trazado. Hemos sometido al rey un decreto por el cual se ordena á M. Victor Hugo que deje inmediatamente el territorio de Bélgica. Este decreto está firmado y será ejecutado.

Creemos, señores, que el Gobierno ha obrado en esta circunstancia tal como debía hacerlo. Ha observado en lo que podía, las conveniencias hacia la persona, y ha obrado como lo exigían imperiosamente los intereses del país y la dignidad del Gobierno. (Varios señores: ¡Muy bien!)

EL CONDE DE BOURCOURT: Me adhiero completamente á los sentimientos expresados por el señor marqués de Rodés respecto á las medidas tomadas con el individuo de que se trata. Felicito al Gobierno por las disposiciones que ha tomado. Creo que sostener la promesa que nos ha hecho el señor ministro de Negocios extranjeros en nombre del Gobierno, es prestar un servicio, no solamente á la Bélgica, sino á la humanidad.

EL SEÑOR PRESIDENTE: Queda terminado este incidente.

La Independencia Belga dice, á propósito del decreto del Gobierno de Bruselas:

«EL MARQUÉS DE RODES: Un hombre tan célebre por su genio como por su volubilidad política, un hombre que ha sido legitimista bajo la restauración, orleanista y par de Francia bajo el Gobierno de Julio, amigo de Jérôme Bonaparte en 1848, luego republicano, y por último socialista, abusando de la hospitalidad que Bélgica le había concedido en varias ocasiones, ha respondido con un reto á las declaraciones que el Gobierno había hecho en las Cámaras y el país había aprobado.

En esta circunstancia, preguntó á mi respetable amigo el señor ministro de Negocios extranjeros, cuáles son las medidas que el Gobierno propone tomar para hacer respetar las leyes y vengar la moral pública ultrajada.

EL BARON DE ANETHAN, ministro de Negocios extranjeros: Después de la carta de M. Victor Hugo que creo inútil calificar, y de las escenas que han ocurrido después de su publicación, el Gobierno ha creído que la provocación al desprecio de las leyes y la desobediencia á las órdenes del Gobierno (El señor presidente: Una verdadera bravura!) eran de tal naturaleza, que podrían comprometer la tranquilidad pública, el Gobierno en esta circunstancia, como ha tenido lugar en otras ocasiones respecto al mismo personaje, el Gobierno ha creído de su deber invitar á M. Victor Hugo á salir de Bélgica. (Varios señores: ¡Muy bien! ¡Muy bien!) Mr. Victor Hugo se ha negado rotundamente á ello.

Desde entonces, señores, el deber del Gobierno está trazado. Hemos sometido al rey un decreto por el cual se ordena á M. Victor Hugo que deje inmediatamente el territorio de Bélgica. Este decreto está firmado y será ejecutado.

Creemos, señores, que el Gobierno ha obrado en esta circunstancia tal como debía hacerlo. Ha observado en lo que podía, las conveniencias hacia la persona, y ha obrado como lo exigían imperiosamente los intereses del país y la dignidad del Gobierno. (Varios señores: ¡Muy bien!)

EL CONDE DE BOURCOURT: Me adhiero completamente á los sentimientos expresados por el señor marqués de Rodés respecto á las medidas tomadas con el individuo de que se trata. Felicito al Gobierno por las disposiciones que ha tomado. Creo que sostener la promesa que nos ha hecho el señor ministro de Negocios extranjeros en nombre del Gobierno, es prestar un servicio, no solamente á la Bélgica, sino á la humanidad.

EL SEÑOR PRESIDENTE: Queda terminado este incidente.

La Independencia Belga dice, á propósito del decreto del Gobierno de Bruselas:

«EL MARQUÉS DE RODES: Un hombre tan célebre por su genio como por su volubilidad política, un hombre que ha sido legitimista bajo la restauración, orleanista y par de Francia bajo el Gobierno de Julio, amigo de Jérôme Bonaparte en 1848, luego republicano, y por último socialista, abusando de la hospitalidad que Bélgica le había concedido en varias ocasiones, ha respondido con un reto á las declaraciones que el Gobierno había hecho en las Cámaras y el país había aprobado.

En esta circunstancia, preguntó á mi respetable amigo el señor ministro de Negocios extranjeros, cuáles son las medidas que el Gobierno propone tomar para hacer respetar las leyes y vengar la moral pública ultrajada.

EL BARON DE ANETHAN, ministro de Negocios extranjeros: Después de la carta de M. Victor Hugo que creo inútil calificar, y de las escenas que han ocurrido después de su publicación, el Gobierno ha creído que la provocación al desprecio de las leyes y la desobediencia á las órdenes del Gobierno (El señor presidente: Una verdadera bravura!) eran de tal naturaleza, que podrían comprometer la tranquilidad pública, el Gobierno en esta circunstancia, como ha tenido lugar en otras ocasiones respecto al mismo personaje, el Gobierno ha creído de su deber invitar á M. Victor Hugo á salir de Bélgica. (Varios señores: ¡Muy bien! ¡Muy bien!) Mr. Victor Hugo se ha negado rotundamente á ello.

Desde entonces, señores, el deber del Gobierno está trazado. Hemos sometido al rey un decreto por el cual se ordena á M. Victor Hugo que deje inmediatamente el territorio de Bélgica. Este decreto está firmado y será ejecutado.

Creemos, señores, que el Gobierno ha obrado en esta circunstancia tal como debía hacerlo. Ha observado en lo que podía, las conveniencias hacia la persona, y ha obrado como lo exigían imperiosamente los intereses del país y la dignidad del Gobierno. (Varios señores: ¡Muy bien!)

EL CONDE DE BOURCOURT: Me adhiero completamente á los sentimientos expresados por el señor marqués de Rodés respecto á las medidas tomadas con el individuo de que se trata. Felicito al Gobierno por las disposiciones que ha tomado. Creo que sostener la promesa que nos ha hecho el señor ministro de Negocios extranjeros en nombre del Gobierno, es prestar un servicio, no solamente á la Bélgica, sino á la humanidad.

EL SEÑOR PRESIDENTE: Queda terminado este incidente.

La Independencia Belga dice, á propósito del decreto del Gobierno de Bruselas:

«EL MARQUÉS DE RODES: Un hombre tan célebre por su genio como por su volubilidad política, un hombre que ha sido legitimista bajo la restauración, orleanista y par de Francia bajo el Gobierno de Julio, amigo de Jérôme Bonaparte en 1848, luego republicano, y por último socialista, abusando de la hospitalidad que Bélgica le había concedido en varias ocasiones, ha respondido con un reto á las declaraciones que el Gobierno había hecho en las Cámaras y el país había aprobado.

En esta circunstancia, preguntó á mi respetable amigo el señor ministro de Negocios extranjeros, cuáles son las medidas que el Gobierno propone tomar para hacer respetar las leyes y vengar la moral pública ultrajada.

EL BARON DE ANETHAN, ministro de Negocios extranjeros: Después de la carta de M. Victor Hugo que creo inútil calificar, y de las escenas que han ocurrido después de su publicación, el Gobierno ha creído que la provocación al desprecio de las leyes y la desobediencia á las órdenes del Gobierno (El señor presidente: Una verdadera bravura!) eran de tal naturaleza, que podrían comprometer la tranquilidad pública, el Gobierno en esta circunstancia, como ha tenido lugar en otras ocasiones respecto al mismo personaje, el Gobierno ha creído de su deber invitar á M. Victor Hugo á salir de Bélgica. (Varios señores: ¡Muy bien! ¡Muy bien!) Mr. Victor Hugo se ha negado rotundamente á ello.

Desde entonces, señores, el deber del Gobierno está trazado. Hemos sometido al rey un decreto por el cual se ordena á M. Victor Hugo que deje inmediatamente el territorio de Bélgica. Este decreto está firmado y será ejecutado.

creto del Gobierno de Bruselas, que si Victor Hugo ha cometido una falta política al escribir la carta que ha dado origen á esta medida, el Gobierno la ha cometido también al obrar de tal manera.

Además la noche del 27 al 28, que apedreada la casa de Victor Hugo, y este fué objeto de los mayores insultos.

Sobre este hecho dice un periódico:

«Si el Gobierno belga no hubiera comunicado á Victor Hugo la orden de abandonar el territorio cuya hospitalidad insultaba con amenazas de desobediencia al Gobierno, hubiérase obligado á huir la indignación del pueblo, que se ha traducido en manifestaciones harto enérgicas.

En efecto, la gente rodeó de noche la casa donde habitaba el poeta, y lanzó una lluvia de piedras contra las ventanas, acompañándola con gritos más expresivos. Por supuesto Victor Hugo se queja amargamente de las libertades que se han tomado con él, las cuales le parecen más sensibles que los atentados cometidos en París.

Refiriéndose á este asunto, el *Gaulois* hace la siguiente oportuna pregunta: «¿Qué hubiera hecho el poeta, el autor de *Nuestra Señora de París*, si se hubiera presentado á la puerta de su casa un insurrecto parisiense diciéndole: Yo he asesinado á veinte gendarmes, he incendiado muchas casas, he disparado contra la catedral de París, cúmplame la hospitalidad que en las columnas de los periódicos has ofrecido á los comueros?»

Es curiosísimo el último número del *Journal Officiel* de la insurrección, publicado el día 21, cuando el ejército versalles ocupaba ya á Montmartre, la plaza de la Concordia, la nueva Opera, y casi toda la orilla izquierda del Sena, porque indica las odiosas falsedades que sin el menor escrúpulo empleaba la *Commune* para mantener vivo el furor de sus partidarios, y porque contiene como un último reflejo de su siniestra dominación.

He aquí los principales párrafos de una proclama que dirigió á los parisienses:

«Versalles ha jurado degollar la república! París ha jurado salvarla!

«No! no es posible un nuevo 2 de Diciembre, porque alocionado el pueblo con la terrible experiencia del pasado, quiere antes morir que ser esclavo. Tengan esto presente los hombres de Septiembre; el pueblo lo recuerda muy bien. Hay sobrados traidores y cobardes, que á causa de sus vergonzosas defecciones, han entregado la Francia al extranjero.

Los soldados retroceden ya ante el crimen que se les obliga á cometer. Gran número de ellos se han pasado á nuestro bando. Multitud de camaradas suyos imitarán esta conducta.

El ejército de Thiers se verá reducido á sus gendarmes. Nosotros sabemos lo que quieren estos hombres y por qué combaten.

Entre ellos y nosotros hay un abismo!

«A las armas! ¡Valor ciudadanos! ¡Un esfuerzo supremo, y nuestra será la victoria!»

Según el extracto de la última sesión celebrada por la *Commune*, su último acuerdo oficial fué la abolición de Cluseret, siendo lo más notable la declaración de un tal Meillet, concebida en estos términos:

«Declaro que voto por que se ponga pura y simplemente en libertad á Cluseret. Toda vez que no se le ha fusilado ya, es inútil guardarle prisionero, porque el encarcelamiento no puede ser considerado más que como una medida de precaución.»

En el final de una proclama dirigida al ejército de Versalles por el comité central, se lee lo siguiente:

«Cuando la consigna es infame, la desobediencia es un deber.» Terrible condenación para los incendiarios de París!

Leemos en una carta de París que publica *La Epoca*:

«En París continúa floreciendo la repesición. Se desarma no solo la disuelta milicia, sino toda la población, y se hacen visitas domiciliarias para registrar los escondites de los miserables que aún se ocultan en París.

Las comunicaciones postales no se han restablecido aún. Estas y las de viajeros parece renacerán el sábado próximo.

París se va desembarazando de escombros y volviendo á su estado normal con rapidez.

Aún hay, sin embargo, gran soledad y desanimación.

Dos palabras sobre la casa de mi vecino M. Thiers. Este edificio está aún casi en pie; la *Commune* demolía tan mal como edificaba; únicamente mostró facultades notables, perfectas y excepcionales como incendiaria. La casa Thiers no ha perdido sino el piso superior. Todos los bajos, las cuevas, las escaleras y hasta la estufa del jardín están intactas. Los arquitectos que han visitado ayer el inmueble han declarado que sería fácil, rápido y poco costoso el reedificarlo tal como estaba.

Una inmensa concurrencia ha visitado ayer las capillas ardientes en que están de cuerpo presente

el arzobispo de París y el cura de la Magdalena, revestidos de sus ornamentos sacerdotales. Gracias á estos y á la habilidad de los embalsamadores, los rostros de los ilustres finados no presentan vestigios de la bárbara saña de sus infames verdugos. El tiro de revólver recibido por su ilustísima entró por la nuca y salió por la alta del cráneo. La mitra blanca bordada de oro cubre los estragos de esta horrible herida. Los pies están calzados de medias y zapatos de seda blanca. Las madres de la Esperanza velan el féretro.

Se dice que monseñor Dupanloup será el sucesor del malogrado monseñor Darboy.

Tras de los honores tributados á las víctimas, habíamos del castigo reservado á los asesinos.

Sabido es ya que todos los miembros de la *Commune*, excepto tres notables, Pyat, Rossell y Grousset y algunos subalternos, han sido presos, y en su mayoría fusilados. Los que aún quedan vivos en Versalles, es evidente que sufrirán la pena capital, tras sentencia regular.

Estos son: Assi, el prusiano Leo-Frankel, y el doctor Rastoul. No sé si olvidé alguno.

Entre la gente de segundo orden, que también esperan un fallo severo de la justicia en las cárceles de Versalles, se hallan Rochefort, Maroteau, redactor de *Le Salut Public*, Cavalié, tuno de baja estofa, más conocido bajo el nombre de *Pipe en bois*, secretario que fué de Gambetta, Gaillard, hijo, el de las barricadas, y otros menos conocidos.

Vermesh, el innuendo redactor de *El Pere Duchesne*, denunciador voluntario de tantas nobles víctimas, parece fué fusilado ayer en Versalles, y murió como un perro.

Al que todos echán de menos es al hipócrita Ranc, el oculto inspirador de los crímenes de la *Commune* y gran amigo de Gambetta. No se sabe qué es de él, si se ha ocultado ó huido; pero la opinión pública lo reclama, porque es uno de los vichos más perversos y dañinos de la fauna comunista.»

El ministro del Interior de Francia ha sometido á la Asamblea nacional el siguiente proyecto de ley sobre el restablecimiento de las restricciones impuestas á los diarios y escritos periódicos:

«La prensa diaria y política ha estado sujeta siempre á un depósito. ¿Es esta una medida atentatoria á la libertad que debe tener todo ciudadano de expresar su pensamiento ajustándose á las leyes de su país, ó no debe ser considerada sino como una precaución legítima contra los excesos de la prensa, contra los daños que pueden originar calumnias ó provocaciones premeditadas? Este es un punto de controversia. Nosotros nos contentaremos con recordar en este punto que los más ilustres defensores de la libertad de imprenta han aceptado el principio del depósito. Si esta medida de precaución puede ser admitida en los tiempos ordinarios, con mucha más razón cuando la guerra civil pone en peligro las bases mismas de la sociedad.

Debe el legislador tomar garantías eficaces contra peligros que saltan á la vista de todos. Os proponemos, pues, que restablezcamos el depósito, tal como existía antes del decreto que vino á abrogarlo. La pena no puede reclamar privilegio cuando las cargas del Estado son tan pesadas, ni puede pedir un alivio: más bien debe esperarse participar de las nuevas cargas que pesarán sobre todos los ciudadanos. Deben reunirse, por lo tanto, todas las opiniones para aprobar una disposición conforme con los principios y exigida además imperiosamente por las circunstancias.

Igualmente debe pronunciarse una opinión unánime en favor de las medidas de policía que permiten conocer de antemano la publicación de los periódicos y ejercer la vigilancia que encarga la ley á sus representantes. La garantía del depósito sería ilusoria, si ciertas publicaciones fuesen eximidas de ella, en razón de la naturaleza, difícil siempre de definir, de las materias que tratan. Suprimámos, pues las distinciones arbitrarias que habían sido admitidas por las leyes del último régimen: el depósito deberá ser hecho por todas las publicaciones periódicas.

El articulado dice así:

«Artículo 1.º Queda derogado el decreto de fecha 10 de Octubre de 1870, por el que el Gobierno de la defensa nacional suprimió el depósito en los diarios y escritos periódicos. Se restablece en vigor la legislación anterior al citado decreto sin distinción entre periódicos políticos y literarios.

Art. 2.º Se restablecen asimismo en vigor las disposiciones relativas á la declaración previa y al depósito legal.

Versalles, 23 de Mayo de 1871.—Thiers.—Picard.»

Dice un periódico:

«Las noticias que se reciben de las provincias de Francia no son tranquilizadoras. Lejos de abatirse con la terrible derrota de París, el partido demagógico sigue maquinando con la energía de la desesperación. Un periódico lionés ha publicado una espe-

cie de circular confidencial del comité revolucionario de provincias.

El momento es decisivo, se dice en el citado documento, y su objeto se indica en los siguientes términos:

«Reunid á vuestro alrededor á todos aquellos con cuyo valor ó inteligencia podáis contar, para provocar una acción inmediata y colectiva de todas las ciudades.»

El desarme inevitable y próximo de todos los guardias nacionales, parece que ha de ser la ocasión y el pretexto de este movimiento simultáneo en las grandes ciudades de provincia, como dicen los párrafos siguientes de la circular confidencial:

«Mientras la Guardia nacional de las grandes ciudades, Lion, Saint-Etienne, Burdeos, Montpellier, Nîmes, Beziers, Grenoble, Valence, conserva todavía sus armas, es tiempo aún de dirigir una excitación general al pueblo y provocar inmediatamente en cada ciudad la formación del comité central de la Guardia nacional.

Una vez establecido este comité, deberá cuidar de la instalación de la municipalidad, cuyo objeto está indicado por la fuerza de los acontecimientos.

El tiempo apremia; apresuremos mientras que no hay Gobierno legítimo en Francia; la Asamblea de Versalles comete el delito de revolución y usurpación.»

Al propio tiempo *La Internacional* trabaja activamente. Un Congreso celebrado por la sección suiza ha resultado que «los obreros de todos los países deben organizarse para la acción política destinada á procurar el triunfo de la representación del trabajo.»

Refiriéndose á la insurrección de París, *L'Egalité*, órgano suizo de *La Internacional*, decía en su número de 27 de Mayo, al tener noticia de los incendios de París:

«Se puede aniquilar á París, se puede guillotinar y fusilar á nuestros hermanos; pero la nueva era queda inaugurada, la era que sanciona la nueva política internacional; y lo hecho en París permite asegurar que, á pesar de todo lo que suceda, la municipalidad seguirá siendo en adelante la aspiración política de la clase obrera, inseparable de las demás aspiraciones sociales.... El porvenir nos reserva una nueva lucha. Que este incendio excite la venganza en el corazón del pueblo, venganza contra los miserables bandidos que obligan al pueblo á sacrificarse bajo los escombros de la ciudad destruida.»

Esciben de París á un periódico el 30 de Mayo:

«París ofrece un aspecto singular. De día está animado, gracias á la curiosidad, que saca á los vecinos de sus casas para visitar las ruinas y al tiempo que es espléndido. De noche no hay un alma en las calles, que están casi á oscuras, porque una gran parte de los faroles están por el suelo, las cañerías rotas y el gas muy opaco.

Las calles empiezan á verse desembarazadas de escombros y despojos de la lucha, y es tal la actividad y belleza exterior de este pueblo, tal su elegancia nativa, que estoy seguro de que antes de quince días, salvo las ruinas, nada indicará que aquí se ha librado una batalla gigantesca contra un rebaño de vándalos y tras dos sitios mortíferos.

Aún ahora mismo las colosales ruinas de la ciudad están como perdidas en medio de su inmensidad, y veladas por el follaje de sus soberbias alamedas.

Lo que es horrible es el bosque de Boulogne, donde solo quedan algunos árboles hacia la cascada. Todo el resto es un terreno yermo que recuerda por su aspecto las cercanías de Madrid. Ni un árbol, ni una mata, ni una choza. Los lagos secos y el terreno convulsión por las granadas y los movimientos de tierra extrajérquicos.

El episodio que más ha conmovido de todos los del asalto de París, es el asesinato de los rehenes. Sobre ellos se han dado mil falsas versiones.

Puedo garantizar el siguiente como verdadero.

El Arzobispo fué el primer ejecutado. Murió con la resignación de un mártir y la grandeza de alma de un justo. Dos de los nacionales del pelotón de ejecución se hincaron ante él y le pidieron perdón por el sacrilegio que se veían obligados á cometer sobre su persona. El Arzobispo les perdonó y bendijo así como á sus compañeros, diciendo: *Quiera Dios hacer que mi sangre sea fecunda para la religión y la sociedad.*

El tigre que mandaba el pelotón de ejecución se acercó entonces á él, y gritando:

«¡Pas de fraise calotin, ¡pas de fraise!—le volvió contra la pared y le levantó la tapa de los sesos de un tiro de revólver, tras del cual los insurrectos encargados de la ejecución tiraron todos sobre el cuerpo palpitante de su ilustísima.

Seguidamente se fusiló á los dos nacionales que habían pedido perdón.»

NOTICIAS GENERALES.

Por el ministerio de la Gobernación se ha prevenido á los gobernadores de las provincias maríti-

mas que sometan á cinco días de observación á los buques procedentes de la América del Sur con cargamento de guerra y patente limpia.

Nota de las cantidades satisfechas en esta capital por el derecho del timbre de los periódicos para la Península en el mes de Abril último:

	Pesetas.	Cént.
La Correspondencia de España...	7.200	
El Imparcial...	2.915	
La Igualdad...	2.573-50	
El Pensamiento Español...	4.656-75	
La Esperanza...	1.162-75	
La Regeneración...	1.591-25	
La Epoca...	600	
El Tiempo...	880	
La Iberia...	552	
El Popular...	635	
El Pueblo...	475	
La Política...	600	
La Discusión...	430	
Las Novedades...	405	
El Cascajel...	389-25	
El Eco de España...	300	
El Diario Español...	270	
El Universal...	273-50	
La Independencia Española...	500	
El Puente de Alcolea...	250	

El cónsul de España en Odessa, Rusia, ha manifestado al ministerio de la Gobernación que entre los medicamentos de que se ha hecho mención en San Petersburgo como los más eficaces para combatir el cólera, figura en primer término el *ethiops mineral* ó *sulfato negro de mercurio*, recomendado por el doctor Manovsky, antiguo profesor de la academia imperial de Medicina y Cirujía.

Cuando el mal está ya declarado, la dosis es de diez granos á uno ó dos escrúpulos, que se toman en polvos dentro de una oblea, y de cuatro á doce granos por día, cuando el *ethiops* se emplea como preservativo.

Anteayer fué robado un carretero en las inmediaciones de Aravaña por tres hombres desconocidos que le quitaron setenta duros en metálico. La guardia civil del puente de Segovia parece que ha practicado diligencias y detenido dos individuos en quienes recaen sospechas de que sean los autores de este hecho.

Las siguientes líneas de «El Imparcial» ofrecen una nueva prueba de cómo se vive hoy en Madrid:

«Entre uno y doce de la noche del jueves fué robada la habitación que en el portal de la calle del Caballero de Gracia, núm. 6, ocupa el cordonero D. Pedro Acebedo, llevándose los autores del atentado algunos efectos de escasa valor, porque dicho señor, que ha sido víctima de un suceso de igual índole hace cuatro meses, no tenía en el local objeto alguno de importancia. Ambos hechos han quedado hasta ahora impunes, toda vez que no han sido hallados los criminales.»

Por la Tesorería Central de la Hacienda pública se anuncia en la *Gaceta* de hoy que en 30 de Junio actual vence el quinto cupo de intereses de los bonos del Tesoro de la emisión de 28 de Octubre de 1868.

Desde el día 5 de dicho mes pueden presentar los interesados en dicha Tesorería los cupones del citado semestre, bajo las correspondientes facturas.

Después de reconocidos é inutilizados los cupones, se devolverá la segunda mitad de la factura á los interesados, suscribiendo al fin de la misma al recibí de los cupones, y consignando en ella el número correlativo de orden de presentación.

Para facilitar las operaciones de pago, se previene que no se admitirán facturas de cupones cuyo importe exceda de 25.000 pesetas.

Según los partes recibidos, anteayer llovió en Avila, Cuenca, San Sebastian, Segovia y Zaragoza.

Según un diario de Tortosa, el domingo por la tarde en ocasión que una infeliz madre estaba lavando á una criatura en la orilla del Ebro, se le escapó de las manos, siendo arrastrada por las aguas y pereciendo ahogada. Creemos inútil pintar la desesperación de la madre á la que compadecemos en su inmenso dolor.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Bonifacio, Obispo y mártir. SANTOS DE MAÑANA. San Norberto, Obispo, confesor y fundador.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de Monserrat, donde continúa la novena de San Antonio de Pádua, á las diez será la Misa mayor con sermón, que predicará D. Vicente Pastor, y por la tarde en los ejercicios será orador el Padre Montalban.

NOTICIAS GENERALES.

Por el ministerio de la Gobernación se ha prevenido á los gobernadores de las provincias maríti-

mas que sometan á cinco días de observación á los buques procedentes de la América del Sur con cargamento de guerra y patente limpia.

Nota de las cantidades satisfechas en esta capital por el derecho del timbre de los periódicos para la Península en el mes de Abril último:

# UNCIOS

**DEBENAU.** —  
nueva combinación  
sobre principios se  
los por los médicos  
Braz, los que  
de la medicina  
los, crecimiento de  
de un movimiento  
— al punto de  
paradojas, está se  
ni el mayor número  
que habida, y a la vez  
deletre y otros por  
de, según la edad y  
los, los niños y  
los, los adolescentes;  
antes de dificultad

## PILDOR

*Con*  
Proscritas hace más de trece  
que más violentos en 24 ó 36 h  
bilitan que pasen de una parte  
mente, como lo prueban las  
de Lisfranc, Valpeau, Miguel, An  
deben aceptarse más que los fr  
letra de M. Alf. Lortigue, D. M  
Depósito general: en París,  
mayor, agencia franco-español  
rell hermanos, Moreno Miguel